

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

la ley de los rufianes

peter debry



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

PETER DEBRY

LA LEY DE LOS RUFIANES

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.223

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 44.489 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: enero, 1974

© Peter Debry - 1974

texto

© Salvador Fabá - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294. — Corral de endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.219. — Un lobo entre chacales.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.043. — Gallos plateados.

En Colección CALIFORNIA:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TENAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

610. — Comprar con plomo.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97. — La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

10. — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

—Sucias aguas, y muy amarillas —comentó el piloto americano, de rostro enérgico, que se apoyaba en la borda del yate.

—Esta es la impresión que nos produce la costa de Casablanca al primer viaje, Chambers —replicó el capitán del yate.

Señaló un punto en la gran extensión amarillenta que se mezclaba a la azulada superficie del mar frente a la ciudad de Casablanca.

—Este color sucio lo produce el remolino de las aguas del Uad Mellah al desembocar. Los árabes le llaman el río Puro. Son poéticos, y de lo sucio hacen poemas.

—Pero si yo soy Cliff Chambers nadie me llamará Abraham Lincoln —contestó Cliff Chambers, el piloto, con la lógica concepción práctica de las cosas que le habían enseñado en su tierra natal.

El yate iba aproximándose al desembarcadero del viejo casco de la ciudad más cosmopolita del Marruecos francés. La ciudad que ha merecido su sobrenombre de «Petit París».

Desde que habían zarpado del puerto de Galveston, y durante la larga travesía, el piloto Cliff Chambers, que efectuaba su primer viaje a África, había sentido numerosas veces acometido de una irresistible tentación.

La tentación de preguntar al capitán Merryval quiénes eran los dueños del yate, qué finalidad tenía aquel viaje sin carga ni pasaje, y qué pasaje o carga aguardaba en el puerto de Casablanca.

Comercialmente, la guerra que destruía el continente europeo, podía ser beneficiosa para una nave como aquel yate si se la destinaba a carga de mercancías muy bien pagadas por los europeos.

Además, un yate podía esquivar los ataques de submarinos alemanes. Pero ¿a qué obedecía el correr un riesgo con la cala vacía?

Todos aquellos interrogantes seguían impresos sin respuesta en la mente del joven Cliff Chambers, pero el rostro adusto y el temple

poco propicio a confidencias del capitán Roger Merryval le cohibían.

Estaba ya a la vista el desembarcadero, y Cliff Chambers continuaba ignorando cuál era la finalidad del viaje del yate *Neptuno*, y quiénes eran sus dueños.

—Estuve ya en Casablanca por los años 37 y 39 —dijo el capitán Merryval—. Bonita ciudad, de legítimo exotismo, pero peligrosa, Chambers. Si me acepta un consejo, no baje a tierra de uniforme. Los marinos, hoy, suscitan mucho interés en la ciudad. Y tal vez suscite mucho más interés un piloto del *Neptuno*. Vista de paisano, y no mencione su calidad de piloto del *Neptuno*.

—Así lo haré, capitán. Yo me enrolé porque la paga era buena, y me gustaba este casco. Pero ¿no cree que podía honrarme con su confianza? Me gustaría saber...

—Lo que no sabe, nunca perjudica, Chambers. Hágame caso. Soy viejo lobo, y no interprete como falta de confianza el hecho de que le haya tenido en la más profunda ignorancia acerca de los motivos de este viaje. A su debido tiempo, y cuando me autoricen a ello, hablaré.

Dio la conversación por terminada al enviar al piloto a la cámara de transmisiones, mientras iba ordenando las maniobras de atraque, siguiendo la estela de la lancha del práctico y atraído hacia el muelle por el pequeño remolcador.

Cliff Chambers tenía poca imaginación. Todo lo que se le ocurrió pensar como explicación a la actitud misteriosa del capitán Merryval fue que el *Neptuno* iba a dedicarse al contrabando de armas.

Pero en el Lloyd's Universal, Roger Merryval figuraba como un capitán de honorabilidad intachable. La tripulación era pacífica, de marineros expertos sin mancha en la hoja de servicios.

Cuando el yate ancló en el muelle destinado a pasajes, Cliff Chambers contempló con indiferencia la multicolor y pintoresca muchedumbre que pululaba por las estrechas calles adyacentes.

Vestido con su mejor traje de verano se encaminó hacia el viejo barrio de Yama el Quebir, valiéndose de vez en cuando de la guía. Se proponía visitar el bar Jicky.

En Galveston, un piloto que había estado en Casablanca le había asegurado que en el bar Jicky encontraría lo más selecto en bebidas

y bellezas amables.

Le había también recomendado que se tomase un explosivo, cuya receta era una especialidad del bar. Las callejuelas por las que anduvo antes de llegar al bar le parecieron típicas, algo cochambrosas y con cierta pátina de siniestras.

Pero el Jicky tenía todo el aspecto de un bar americano, aunque la concurrencia era un conglomerado de razas. Al principio solo prestó atención a las manipulaciones del *barman*, que con diestros ademanes agitaba la coctelera conteniendo las mixturas que componían el famoso explosivo.

Al otro extremo de la barra-mostrador, Gil Dumontez, el marsellés, dueño del mejor gimnasio de Casablanca, bebía ceremoniosamente su tercera copa de su favorita bebida, mitad cerveza, mitad coñac.

Pesaba noventa y siete kilos, y estaba orgullósísimo de su metro ochenta y cinco de estatura.

Alrededor del hércules marsellés, cuatro franceses pertenecientes al ejército de los aduladores que olfateaban siempre el dinero donde lo pudieran ganar sin esfuerzo, prodigaban sus elogios al vanidoso atleta, el cual era muy sensible a los halagos.

Uno de los adulones estaba diciendo:

—Es usted el hombre más envidiado de Casablanca, Dumontez. Posee el mejor de los gimnasios, y tiene talento para invertir en buenos negocios su fortuna. Rico, fuerte, amado por las damas, lo tiene usted todo, Dumontez.

—Rico y fuerte sí que lo soy —reconoció Gil Dumontez—. Pero no soy feliz.

—Pues ¿qué le falta, amigo?

—Antes, en Casablanca, solo se hablaba de mí cuando la juventud deportiva citaba al maestro. Mi fuerza y experiencia eran las únicas —dijo Gil Dumontez. Y agitó melancólicamente su tercera copa vacía.

Los vapores del alcohol, aún en su fuerte constitución, empezaban a surtir efecto. Y el alcohol inspiraba a Gil Dumontez un humor belicoso, exacerbando su espíritu luchador.

—Todos siguen considerándole a usted como el hombre más fuerte de Casablanca.

—Eso era antes. Hay alguien que ha puesto sombra a mi fama —

se quejó, con la infantilidad propia de los envanecidos atletas, el marsellés—. ¡Y este alguien es un bebedor de jugos de naranja!

Gil Dumontez, pensando en este alguien, apretó demasiado el vaso, que se deshizo en añicos sobre el mostrador.

—Como a este vaso, así quisiera yo estrujar al que me quita el sueño. Ese maldito americano, que desde hace un mes me está haciendo una competencia molesta con su gimnasio instalado en el casco nuevo. No le he visitado aún, ni sé el aspecto que tiene; pero el día que me decida, el maldito americano beberá naranjada en un hospital.

—¿Se refiere usted a Robert Lark?

Crispó violentamente los puños el marsellés.

—¡Sí! ¡Ese presumido yanqui! No se atreve a venir a verme en mi barrio.

—¿Cuánto daría usted, Dumontez, si yo le dijera dónde está ahora mismo, y no muy lejos? —preguntó uno de los gorrones.

Gil Dumontez colocó una de sus manos en la parte posterior del cuello de la americana del que acababa de hablar. Lo levantó como si se tratara de una copa más. Lo sacudió levemente.

—¿Dónde está?

Algo pálido, el otro intentó desasirse, pero prefirió, hablar.

—Eche un vistazo a la izquierda, al final de la barra. Ahí lo tiene —y el suspendido informante señaló con la barbilla hacia donde, inocentemente, Cliff Chambers paladeaba su explosivo.

Gil Dumontez lo dejó caer al suelo y, andando majestuosamente, se acercó a Cliff Chambers. Le tocó en un hombro con un dedo que tenía la rigidez de un tubo de acero.

El piloto se volvió, indolentemente, contemplando al hércules marsellés vestido en blanco traje de dril que aumentaba más su volumen impresionante.

—¡Hola! —saludó Chambers con amabilidad—. ¿Qué desea?

—Uno de los dos sobra en Casablanca —dijo Dumontez, mordiendo las palabras—. No te ha bastado con quitarme clientes, sino que además vienes a pavonearte por mi barrio. Te voy a atizar.

—Escuche. Yo no domino mucho el francés, y solo me he bebido dos cócteles. Pero no tengo ganas de pelear, tan pronto. Siga su camino, gorila.

—Me llamo Gil Dumontez —replicó amenazador el marsellés.

—Por mí puede usted llamarse como quiera, que no me opongo. No tengo deseos de pelear con un anuncio en carne viva del hombre prehistórico. Circule, y déjeme en paz.

Gil Dumontez, con ademán veloz, sujetó la muñeca del americano. La retorció, obligando a su sorprendido atacado a seguir el movimiento a que le forzaba.

Y cargando sobre su hombro tras de dar rápida vuelta sobre sí mismo, el marsellés lanzó por encima de sus espaldas al americano contra el suelo.

Cliff Chambers quiso escapar a lo que se avecinaba arrodillándose. Pero el ataque había sido tan repentino y la caída tan aparatosa, que sintió sus ojos nublarse al percibir sobre su nuca la planta del pie derecho de Gil Dumontez.

El marsellés retorció hacia atrás los dos brazos del americano, que con la parte izquierda del rostro contra el suelo y arrodillado, exhaló un gemido.

El otro pie de Gil Dumontez se disparó hacia adelante, chocando con la mandíbula del americano, que se abatió inconsciente, quedando tendido cuan largo era.

Acudía corriendo el dueño del bar.

—Por favor, Gil; no me busques líos con la vigilancia.

Gil Dumontez se frotó las manos, despreciativo.

—No te apures, que ya me voy. Y este ha quedado servido.

Los demás clientes reanudaron sus interrumpidas conversaciones. No era ninguna novedad que el marsellés exhibiera su fuerza.

Gil Dumontez se aproximó al grupo de sus cuatro aduladores.

—¿Ese es el famoso americano del que tanto hablabais? —preguntó exultante de vanidad... ¡Bah! Tengo que irme, porque me espera una rubia noruega. Tú, Marcel —añadió, tocando en el pecho al que le había indicado que Cliff Chambers era Robert Lark —, aguarda a que Robert Lark se despeje, y le dices que si no le ha bastado como muestra lo que le he dado, que vuelva esta misma noche a las once. Y que yo vendré a esa hora para darle una paliza magistral. A ver si así se le acaban los humos y se va de Casablanca. Si no viene es que me tiene miedo. ¿Lo habéis oído todos? Toma estos mil francos, Marcel. ¡Eh, tú, Gastón! Queda pagado lo que beban los señores.

Y con gesto de emperador, abandonó Gil Dumontez el Jicky.

El llamado Marcel titubeaba. Tomó por consejero a uno de los que se aprovechaban de las generosidades de Dumontez.

—Si aguardo a que el americano se despeje, a lo mejor, al comunicarle yo el encargo de Dumontez, la toma conmigo —dijo mirando atemorizado al desvanecido Cliff Chambers.

—Debes decírselo y correr el riesgo. A ti te dio la guita Gil, y nosotros hemos de ser testigos de cómo cumples su encargo —repuso con envidioso sarcasmo el consultado.

Dos camareros procuraban reanimar al piloto. Marcel, pensando en los mil francos que acababa de cobrar, se dispuso a perder cien en árnica y vendajes.

Lo prefería a que Gil Dumontez, sacudiéndole, le obligara a gastarse los mil francos enteros en una semana de hospital.

Apartó a los camareros, y fue vertiendo una jarra de agua sobre el rostro y nuca del americano, limpiándole la sangre que le resbalaba por la barbilla.

Cliff Chambers, tras cinco minutos de cuidados prodigados por un obsequioso Marcel, se puso en pie, vacilante.

—¡Qué gran bruto traidor ese Gil Dumontez! ¿verdad, señor Lark? —dijo Marcel, tratando de congraciarse con el vapuleado americano.

—¿Quién, quién es Lark? —balbuceó el piloto, aún atontado.

—Usted.

Cliff Chambers se acercó al mostrador y pidió un coñac.

—Para despejarme del todo, *barman*. Esta ciudad me hace el efecto de un manicomio suelto. Un Gil Dumontez que me plancha como una apisonadora, y ahora un tipo al que le huele el aliento que me llama Lark.

Marcel forzó una sonrisa amable.

—Cosas de rivalidad profesional —dijo.

—¿Rivalidad profesional? —repitió Chambers, completamente aturdido y asombrado.

—Debo decirle que tengo orden de comunicarle que esta noche, aquí mismo, a las once en punto, le esperará Gil Dumontez.

—¿Sí? Pues que espere cómodamente sentado. ¿Dónde demonios andarán los loqueros por esta Casablanca de mis pecados?

Y tambaleándose, sujetándose la dolorida mandíbula y

friccionándose los doloridos riñones, Cliff Chambers abandonó el bar, encaminándose al muelle, bien dispuesto a aclarar las cosas.

Los motivos de aquella agresión seguramente podía explicárselos el capitán Roger Merryval. Ya era hora de que supiera por qué razones, apenas desembarcado, había sido brutalmente agredido por un desconocido, y que todos los demás le llamasen Lark, y aludiesen a rivalidades profesionales.

¿Profesionales? Había oído decir que Casablanca era un nido de espías y aventureros de todas las nacionalidades. No obstante, los espías no solían ir pregonando sus rivalidades.

Totalmente desconcertado apresuró el paso para recabar cuanto antes del capitán Merryval una explicación. A bordo, un tripulante le informó que el capitán Merryval seguía en su camarote.

Llamó a la puerta, y empujó. Se quedó atónito, sacudiendo la cabeza como para aclarar la visión.

Roger Merryval parecía dormir de bruces sobre la mesita escritorio; pero en su espalda, bajo un hombro, destacaba una mancha roja que iba destilando sobre el suelo gota a gota por el reguero que parecía brotar de su sobaco.

Cliff Chambers, hasta entonces, había sido un marinero de cabotaje. Un piloto que navegaba por aguas conocidas de la costa de las Carolinas, y cuyas accidentadas aventuras habían sido peleas sin mayor trascendencia que una noche en comisaría.

Abatido, dejóse caer sentado junto a la mesita, mirando sin acabar de darse cuenta el charquito rojizo que se extendía cerca de los pies del capitán Merryval.

Reaccionó y, levantándose, aplicó la mano en la sien de Roger Merryval, comprobando que no existía el menor latido. Miró en rededor como solicitando ayuda.

Buscó la herida, y lanzó casi un alarido, en exclamación de horrorizada repulsión. Algo negro, informe, peludo, del tamaño de un cangrejo, se deslizaba lateralmente, y saliendo de la guerrera del capitán se posaba en torpe salto sobre la mesa, dejando rayas sangrientas sobre el papel blanco, donde Roger Merryval había empezado a escribir:

«Querida Doris: He recibido tu envío y lo haré llegar a
quién corresponde, pero...»

No había escrito más. En la mesa, el escorpión hacía vibrar su gancho venenoso con vigorosas sacudidas.

Cliff Chambers, asqueado, cogió un pesado pisapapeles con el que, instintivamente, aplastó el inmundito bicho.

Incapaz de coordinar una sola idea, cesó de emitir sus gritos de horror y lentamente cayó al suelo, mareado, tratando vanamente de serenarse.

En la puerta sonaron golpes precipitados. Cliff Chambers solo pudo repetir incesantemente:

—El capitán ha muerto. Avisen al comisario de puerto.

CAPÍTULO II

El Recinto Nuevo de Casablanca se distinguía por el esmerado trazado de sus calles, y la pulcritud de sus edificios. En sus parques públicos, las niñas miraban, sin acabar de acostumbrarse, los nuevos uniformes de soldados alemanes, los aliados momentáneos de Francia.

Pese a la externa corrección que por obligación mantenían los alemanes de la Comisión del Armisticio, cuantos oficiales franceses pasaban junto a ellos fingían ignorarlos.

Dos de ellos viendo un coche que pasaba, descubierto y solo con la capota resguardando el asiento posterior, escupieron a la vez.

—Ahí va Spirito. El cínico más despreciable.

—Casi es más simpático su dogo secretario.

—Konzhofer es el ayudante del señor comisario, querido —dijo irónicamente uno de los oficiales.

—El verdugo y su ayudante. Aunque, en honor a la verdad, el verdugo es Konzhofér.

Martín Spirito, nacido en Córcega, había sido hasta la entrada de los alemanes en París un inspector de la Brigada Social.

Culto, amable y escéptico, aceptó ser comisario en Rabat. Los alemanes lograron su ascenso a comisario principal de Casablanca, y le fue asignado por ayudante Ludwig Konzhofér.

Ambos eran odiados, y, no obstante, Martín Spirito era de una amabilidad pegajosa. Pero había sido elegido, porque era inteligente y sabía discernir entre crímenes sin importancia para la Gestapo y actos en los que convenía la intervención del contraespionaje alemán.

El coche se detuvo ante una fachada en cuya planta baja un letrero decía:

GIMNASIO SVELTEX

Martín Spirito, pequeño, elegante y de rostro sardónico, rectificó el nudo de su corbata y miró la hora.

—Las seis y treinta, Konzhofer. A esta hora, el propietario del Sveltex tiene mucho trabajo.

Penetraron en el gimnasio, dividido en tres amplias salas. La Prensa, en sus anuncios comerciales, elogiaba la facilidad con que, a cualquier edad, un hombre podía adelgazar o adquirir una musculatura impresionante, acudiendo al Sveltex.

Era un gimnasio mixto, instalado modernamente, con piscina, baños de vapor, mesas de masaje y aparatos eléctricos.

Spirito contempló el ajetreo de las tres salas. En un *ring*, un muchacho todo fibra, cubierta la cabeza con el casco protector, estaba recibiendo lecciones de boxeo.

El puño de plata del bastón del comisario Spirito señaló el *ring*.

—Tiburón —dijo Konzhofer, corpulento, de cabello blanco, y barbita también blanca. Poseía unos ojos estrechos, de color azul sucio.

—En un mes, ha hincado bien los dientes este tiburón. Todos los cuarentones elegantes vienen aquí y las jamonas románticas hacen cola. Estos americanos tienen éxito, comercialmente, como es natural.

En el *ring*, Robert Lark, de calzón corto, y con un jersey, se dejaba golpear, dando instrucciones al aprendiz. En el descanso, entregó los guantes a uno de los empleados.

Se encaminó hacia los dos visitantes. Les conocía de nombre y les había visto pasar muchas veces en el coche llamado «Caronte».

—Buenas tardes —saludó en un francés claro, pero con acento inconfundible—. ¿Desean inscribirse? El horario es cómodo. De diez a doce por la mañana y de seis a ocho por la tarde, para los caballeros sedentarios que quieran perder grasas.

Miró a Konzhofer, a la vez que hundía expertamente sus dedos en el estómago del principal agente de la Gestapo en Casablanca.

—Sus cabellos blancos son una coquetería, señor. ¿Se los tiñe así? Porque sus músculos son buenos. Y usted —añadió dirigiéndose a Spirito—, ¿desea el método vibratorio o clases de judo?

Martín Spirito sonrió. Tenía un semblante cínicamente amable.

—Nosotros nos interesamos más bien por la gimnasia cerebral, míster Lark. ¿Podríamos hablarle en un lugar donde no olera tanto a sudor y embrocación?

—Aquel despacho, si les parece bien. Todavía no doy clases de

gimnasia cerebral.

Cerca de la puerta de entrada, con paneles encristalados, había una salita, donde Robert Lark señaló dos sillas de tijeras.

Se sentó encima de la mesa. Cruzó los brazos.

—Bien. Ustedes dirán lo que desean.

—Soy el comisario Spirito, y este señor es mi ayudante. No hemos venido a realizar un interrogatorio oficial, sino en plan de visita amistosa. Usted es muy libre de contestar o no. Tenemos ciertas atenciones con los súbditos norteamericanos.

Ludwig Konzhofer hizo un gesto de contenida impaciencia. Le costaba acostumbrarse al estilo divagatorio del comisario Spirito. Habló con seca entonación gutural, en inglés:

—Los tres hablamos el idioma en el que este caballero puede contestarnos con más claridad. El comisario, le ha notificado que nuestra visita es amistosa. Procure no convertirla en hostilmente oficial. Esta tarde, entre cuatro y seis, ¿dónde se encontraba usted?

—Donde me daba la gana, amigo. Para interrogarme se necesitan varias condiciones: Una orden judicial en regla, una acusación fundamentada y un permiso consular.

—Por esto le indiqué que veníamos amistosamente —dijo Spirito, conciliatorio—. En el puerto ha anclado a las tres y cuarenta un yate norteamericano, rotulado, poco originalmente, *Neptuno*.

—No lo conozco ni he estado en él. ¿Qué más?

—El capitán se llama Roger Merryval.

—Tampoco le conozco.

—Ha sido asesinado en forma misteriosa.

—¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

—Para eso hemos venido. Entre sus numerosas admiradoras, discípulas, tiene usted a una encantadora señorita llamada Doris Jackson.

—Es una de las que acuden a la sesión de doce a dos. ¿Qué pasa con ella?

—Eso quisiéramos saber. Estuvo cerca del yate entre cuatro y seis de la tarde.

—Doris Jackson es una señorita americana, limpia de mente y sana de cuerpo.

Martín Spirito asintió, para después replicar:

—Todos somos puros hasta que dejamos de serlo. Tengo la presunción de que usted conoce cuanto se relaciona con el capitán Merryval, Doris Jackson y el piloto Cliff Chambers.

—Nunca traté al capitán y su piloto.

—Miente usted —dijo Konzhofer.

Las mandíbulas de Robert Lark se crisparon, y un destello agresivo brilló en sus pupilas verde-gris.

—Diga, comisario, ¿qué multa se paga en Casablanca por hacer sangrar las narices de un ayudante de comisario?

—Respete usted los blancos cabellos de Konzhofer —aconsejó, con tenue sonrisa, Martín Spirito.

—No se los respeta él cuando diariamente, en comisaría, se entretiene personalmente azotando y torturando a detenidos.

—Veo que está usted informado. Pero también lo estamos nosotros. Dice usted que no conoce al piloto del *Neptuno*.

—Ni al yate ni a él.

—Entonces, aclaremos este misterio. ¿Por qué el piloto Chambers ha sido encontrado junto al cadáver del capitán Merryval, repitiendo continuamente: «Yo no soy Lark... El capitán ha muerto»?

—Pregúnteselo a él.

—Los tiempos son muy azarosos, Lark. Turbios, repletos de misteriosas incidencias, que es mi deber aclarar. ¿Tendría usted inconveniente en carearse con el piloto Chambers?

—Ningún inconveniente.

—Iremos a bordo del barco, donde se halla también la señorita Doris Jackson. Tal vez entre todos logremos averiguar quién es el dueño del yate, y quién ha dado muerte al capitán Merryval. Porque hasta la más elemental documentación ha desaparecido. Y un yate sin dueño es algo de por sí poco claro.

Mientras Spirito hablaba, Robert Lark abrió un armario del que sacó un pantalón gris, que se pasó por encima del calzón. Se quitó el jersey, y una musculatura acerada resaltó, mientras se ponía una camisa.

—A propósito, Lark, ¿no aludió antes a su agente consular?

—Sí.

—Le visité cuando usted empezó a hacerse conocido. Y saqué la conclusión de que es usted persona poco grata en América. Fue

usted demasiado famoso. Esa chaqueta deportiva es de corte muy americano. Cómoda, holgada y, sin embargo, con caída elegantísima. Aquí en Casablanca tenemos también manga ancha y cómoda, mientras las cosas no se salgan del camino regular. Usted primero, Lark —dijo, invitándole a salir—. Mañana se habrá ganado las simpatías de ciertos elementos de Casablanca, al verle hoy sentado en el coche «Caronte». Claro, se ganará las simpatías, si no vuelve a reaparecer normalmente. En caso contrario, le tomarán por un confidente nuestro. ¡Ah, es difícil vivir tranquilamente en estos tiempos tan turbios!

Robert Lark miró alternativamente a los dos policías, antes de sentarse junto al chófer. Dijo:

—Prefiero la grosería de Konzhofer a su almíbar repugnante, Spirito.

—¡Estos americanos! —sonrió, indulgente, Spirito—. Son como niños mal educados, y más cuando han hecho famoso el apodo de el Agresivo, como le sucede a nuestro invitado Lark. ¡Al yate!

* * *

—Seremos internados, no lo dudes —afirmó el cocinero del *Neptuno*.

—¡Si tan solo es eso, firmo y rubrico! —suspiró el maquinista primero, que tenía fama de pesimista.

—¿Y qué más nos puede ocurrir?

—Estamos en puerto francés.

—Ya, ya —atajó el maquinista, que junto con los otros tripulantes se hallaba encerrado en el comedor de oficiales, mientras dos héroes de paisano montaban guardia en las dos salitas—. Esos tipos que veis son policías alemanes. Hasta que no saquen en limpio quién mató al patrón, no nos dejarán respirar tranquilos. Y si es o no exageración de nuestros periodistas, ahora vamos a saber los métodos que emplean los de la Gestapo.

—A nosotros, que nos registren. Que se las entiendan con el piloto.

Y a la vez, los tripulantes dirigieron la mirada por la lucarna, hacia la cámara del capitán, donde otro sujeto de paisano se acodaba frente a la puerta, contra la borda.

En el interior, Cliff Chambers iba recuperando lentamente el

dominio de sí mismo. Del capitán Merryval no se veía más que una masa confusa, porque le habían cubierto, sin tocar nada en el despacho, con una lona.

Cuanto hasta entonces había tenido lugar era, para el piloto, confuso. La mujer que silenciosa, sentábase al fondo en el banco almohadillado, le miraba de vez en cuando compasivamente.

Por fin, Cliff Chambers, pasándose la mano por la mandíbula que le dolía, volvió la espalda a la mesita despacho.

Se encaminó hacia un estante, y quitó de su soporte un frasco metálico que contenía coñac.

Bebió del mismo gollete, con ansiedad, mientras miraba con indecisión a la desconocida. Por fin, el generoso trago de coñas pareció despejarle algo las ideas.

—Usted vino acompañando al comisario, señorita...

—Doris Jackson.

—Debo haberle parecido un completo idiota cobarde.

—No se preocupe. Mi opinión es que estaba usted bajo una fuerte impresión.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Esperar el regreso del comisario Spirito y su ayudante.

—Quiero decir, ¿qué relación tiene usted con el yate y lo que ha sucedido?

—El capitán Merryval era mi...

La puerta se abrió bruscamente, y Konzhofner entró seguido de Robert Lark y Spirito.

El piloto miró perplejo al que tenía un asombroso parecido con él. Martín Spirito dirigió un leve saludo a Doris Jackson.

—Confío en que no la habré hecho esperar demasiado, *miss* Jackson. Sería una imperdonable falta de galantería. Bien, ya estamos reunidos. Procuraré ser breve. Y como es primordial cortesía, empezaré por usted, *miss* Jackson. ¿Usted subió a bordo del *Neptuno* antes de que yo la invitase a hacerlo?

—No.

—Rondaba usted por el muelle, desde que atracó el yate. En la carta que estaba escribiendo el capitán Merryval antes de ser asesinado, citaba un envío hecho por usted. ¿De qué se trataba?

—Yo escribo, y le remití una novela para que, a su viaje de regreso, la entregase personalmente a un editor que conocía.

—¿Por qué no entregó personalmente su novela al capitán?

—Antes de zarpar de Galveston, me escribió diciendo que no subiera a bordo.

—¿No le extrañó?

—Los marinos tienen supersticiones, caprichos. Obedecí. Por eso le remití la novela por mediación de un tripulante, al que llamé.

—¿Entre las hojas de su novela no había ningún escorpión? No, no. Comprendo que mi insinuación es necia. Usted no buscaría un medio tan ambiguo para matar. Lo haría rectamente, sin premeditación, aunque lo que escribe usted es del género llamado policíaco. Este género que consiste en inventar medios originales para dar muerte. Además, no hubiera permanecido rondando por el muelle. Sus nombres son, y corrí jame si me equivoco, Doris Jackson Merryval.

—Sí. El capitán era mi tío, hermano de mi madre.

—Mi más sentido pésame —dijo, seriamente, Spirito. Robert Lark experimentó un irrefrenable deseo. El de aplastar las narices del hombrecillo meloso, que agregó:

—Hay un punto muy importante, *miss* Jackson. A falta del capitán, usted podrá aclararlo. ¿Quién es el dueño del yate?

—Lo ignoro. Mi tío no me lo dijo.

—¿Cuál era el motivo del viaje?

—También lo ignoro.

Martín Spirito giró sobre sus tacones como si bailara un minueto.

—Estas dos últimas preguntas puede usted contestarlas, piloto.

—Digo lo mismo que la señorita. Nadie en la tripulación conocía al dueño ni sabía la finalidad del viaje.

—Ya. Aquí tiene al señor Lark, por quien tan ansiosamente usted preguntaba.

Piloto y boxeador se miraron. Contó brevemente Cliff Chambers lo que le había ocurrido en el Jicky.

—Entonces le confundieron —resumió Spirito—. Quedó usted citado con Dumontez para las once de esta noche. Me temo que no podrá ir. En cuanto a usted, Lark, queda ya aclarada su participación. Puede retirarse cuando quiera, lo mismo que *miss* Jackson. Un momento. No fue el escorpión quien dio muerte al capitán. No. Fue una simple puñalada. Después se lanza el arma al

agua y ya está. Queda usted detenido, Cliff Chambers, acusado de la muerte del capitán Merryval.

El piloto alzó los dos puños, y por un instante pareció iba a derribar al comisario. Konzhofer demostró que la blancura de sus cabellos era debida a causa ajena a la edad. Con destreza y fuerza sujetó las dos muñecas del piloto, llevándoselas atrás a la espalda.

Resonó el clic de las esposas. Cliff Chambers, abatido, parecía estar abrumado por un estupor sin fin. Meneaba la cabeza lentamente con gesto patético.

Bajando la pasarela, dijo Doris Jackson:

—Me da pena el pobre hombre.

—¿Quién? ¿Cuál de ellos?

—El piloto. No mató a mi tío. Es evidente. Se ve.

Robert Lark se encogió de hombros.

—Ya se defenderá. Hay defensores y médicos forenses en Casablanca, ¿no es así?

Llamó a un taxi y dijo, manteniendo la puerta abierta:

—La llevo adonde quiera, Doris.

En el interior, ella murmuró:

—Tengo miedo, Robert. ¿Usted cree que ya nos han dejado en paz? No es así. Spirito es un canalla, pero es inteligentísimo.

—Mire, muchacha, no se deje llevar por la imaginación. De todas formas, si teme algo, y dispone de pruebas, no dude en acudir a verme. Yo la ayudaré.

—Gracias —y suspiró ella con alivio—. Estaba deseosa de oírle decir esto, Robert.

—¡Caramba, para algo somos paisanos!

—Es que usted no puede formarse ni la más remota idea de todo lo tenebroso que hay tras la muerte de mi tío.

—Hemos llegado —dijo el chófer.

Ella se marchó con una sonrisa de despedida. Una sonrisa en la que había miedo latente.

Mientras, Martín Spirito se instalaba de nuevo cómodamente en el coche, junto a Konzhofer. Cliff Chambers, esposado, ocupaba otro, entre dos agentes.

Konzhofer miró hacia el yate donde quedaban dos policías de vigilancia, y la tripulación con la orden de no abandonar la nave.

—Usted no cree ni por un instante que fuera el piloto quien

matara al capitán.

—El capitán y el piloto no me interesan lo más mínimo, mi querido Ludwig. Pero es necesario que aparentemos que damos por terminado este asunto, estimando como asesino al piloto.

—Dé orden de internar el yate.

—Si es su orden, mi querido Ludwig, obedezco. Yo aspiraba a más.

—Hable —dijo con impaciencia el ayudante, que a solas, era el verdadero comisario, que lo decidía todo.

—El yate es prácticamente nuestro. Perdón, es prácticamente alemán. Pero lo que interesa es averiguar a qué estaba destinado, y por qué mataron al capitán Merryval.

—Admitió usted que un puñal...

—No lo admití ante usted, mi querido Ludwig. El escorpión se paseó inocentemente, procediendo del muelle. El arma mortal fue una espina de eriba, flor de azufaifo, lanzada desde lejos. Me olvidaba que su visita al Marruecos francés es reciente, *herr* Konzhofer. La eriba crece en una determinada región, alrededor del Djebel Ajaschin. Sus espinas tienen forma de espinas de pescado de regular tamaño. Hacen destrozos en la carne. Penetran lanzadas con ballesta. Un arma antigua, que aún emplean algunas tribus. En el Djebel Ajaschin, por sus laderas, campean los *spahis*, esas briosas fuerzas francesas, de capa roja, y soldados marroquí, que lanzan muy bien las espinas de eriba para divertirse. Y en fin, mi querido Ludwig, no creo que ignore que los *spahis*, aunque acaten las órdenes de Vichy, es decir, las órdenes que usted me da, no aman al ejército alemán. Son unos desagradecidos. No comprenden que gracias a Alemania, Francia puede llegar a ser una gran nación en el futuro. Y no hay ironía, Konzhofer. Usted sabe que soy un ferviente partidario de todo corazón de la gran Alemania, digo, de la gran Europa. Ahora me interesan los movimientos de Doris Jackson, y los de cierto prestigioso jefe *spahi* del que a su tiempo le hablaré. Hay mucho más de lo que se figura tras el yate *Neptuno*, mi querido Ludwig. Ahora, podemos ir a cenar. ¿Le parece bien el Kasbahtadla? Sí. Es un elegante restaurante de noche, donde encontraremos a *miss* Caprice y al prestigioso jefe *spahi* de que antes le hablé. A propósito, este prestigioso jefe *spahi* tiene dos sombras permanentes: sus asistentes, que proceden del Djebel Ajaschin y

llevan siempre sus ballestas al cinto. Será interesante cenar en el Kasbahtadla, se lo aseguro, mi querido Ludwig.

Ludwig Konzhofer era germano, pero no era obtuso. Tocó en el hombro a Martín Spirito:

—Una recomendación, comisario Spirito.

—Sus recomendaciones son para mí gratas órdenes, *herr* Konzhofer.

—Circula el rumor de que nosotros, los alemanes, somos torpes bebedores de cerveza, de cabeza cuadrada y sesos de mosquito.

—Yo no llevo bombín, ni perilla, ni me engaña mi esposa. Los clisés nacionales con los que se pretende retratar a una raza, son falsos. Los españoles no van a la cocina vestidos de torero, y solo uno por cada diez mil saben tocar la guitarra.

—No me refiero al aspecto exterior —aclaró Konzhofer—. Desde que entramos en París, y nos consideramos obligados a comportarnos con la máxima cortesía, muchos han creído que somos como provincianos deslumbrados ante una vieja coqueta, hermosa y astuta. Cuidado, comisario Spirito.

—No soy una vieja coqueta. Y en cuanto a mi astucia, está a su servicio.

—No me juegue a dos tapetes. Quien conmigo lo ha intentado...

—Yo juego a un solo paño. Es la única manera de ganar, si se tiene fe. Y hace años que proclamé mi adhesión a Alemania, porque unidos sin reservas, franceses y alemanes, dominaremos Europa.

Ludwig Konzhofer asintió con brusca cabezada. De vez en cuando conviene dar un latigazo de aviso al perro fiel, pensó, repitiendo las palabras de un prohombre nazi. Y el coche «Caronte» se dirigió hacia el elegante Kasbahtadla.

CAPÍTULO III

A las once en punto de la noche, Gil Dumontez sonrió desdeñosamente, tomando por testigo a Marcel, que se sentaba frente a él, en una mesita cercana a la barra del Jicky.

—Le bastó al americano lo que le di. No vendrá por otra paliza. Puedes estar seguro, Marcel.

—¿Cómo ha de venir? Estará en la cama, muy arropadito.

—Era una cuestión de prestigio. O él, o yo. Y ha quedado ya demostrado que...

Robert Lark entraba en el Jicky. Miró despacio a los pocos concurrentes pertenecientes al hampa elegante, que estaban acodados al mostrador, y, por fin, se acercó a la mesita, que hacía resaltar aún más la corpulencia atlética de Gil Dumontez.

Marcel se deslizó cautelosamente hacia el otro extremo, cuando vio levantarse al luchador marsellés.

—Hola, Dumontez. Creo que querías verme.

—¿Vienes por más estopa? —masculló Dumontez, hinchando el tórax.

—Vengo primero a romperte unos cuantos dientes, y después hablaremos. Si no fueras un antiguo matón de barrios bajos, hubiéramos muy bien podido vivir tranquilos los dos.

Aunque el recién llegado se le antojó a Gil Dumontez que poseía una voz más cortante que el Lark de por la tarde, y que sus espaldas eran mucho más anchas, y su rostro más duro, como tallado en granito, avanzó confiado, y con un zarpazo hábil intentó asir su muñeca para repetir la llave de por la tarde.

Robert Lark se limitó a bajar el puño izquierdo, golpeando el antebrazo adelantado.

Dijo fríamente:

—Prueba otra, que esta me la conozco.

Uno de los concurrentes rio. Con los demás formó un ancho círculo. Era una cuestión de prestigio, y nadie debía de intervenir.

Gil Dumontez pestañeó iracundo. Siempre impresionaba a sus adversarios, y la frialdad zumbona de Robert Lark le puso furioso.

Ignoraba que la guardia baja con que Lark mantenía los brazos caídos era un estilo contundente de esgrima pugilística, que valió muchos éxitos, años antes, al semiligero Lark el Agresivo.

Acometió cabeza gacha, manoteando con los brazos en aspa. Lark dio un paso al costado, conectando su zurda en la frente agachada, y su diestra en el flanco del marsellés.

Gil Dumontez resopló, retrocediendo. Habían sido dos puñetazos sin mucha fuerza, como de aviso.

—Ven acá, bailarina —rugió Dumontez, haciendo gestos retadores.

Pero en los *rings* americanos, Lark se había hartado de oír invitaciones semejantes destinadas a hacerle entrar en cuerpo a cuerpo, o como ahora, para permitir que los brazos del luchador se cerraran alrededor de su cintura.

—La misma distancia nos separa. Te advierto que te voy a poner la cara como un tomate pasado.

Gil Dumontez avanzó dando puñetazos de impresionante fuerza. Su impetuoso avance logró por un instante su objetivo.

Proyectó el puño contra el estómago de Lark, que se encogió, pero para erguirse en doble gancho. El marsellés se dio de espaldas contra la barra, y entonces asió un sifón que lanzó a la cabeza del americano, y a la vez se abalanzó hacia delante.

En rápido giro, Robert Lark, que se había librado del proyectil por milímetros, propinó una serie de directos, alternándolos en su contundencia entre el rostro y el estómago de Dumontez. Fue como un torbellino de feroz agresividad, y, pese a su fortaleza, el marsellés se encogió cada vez más.

Deslizó su diestra hacia el bolsillo posterior de su pantalón. El puño izquierdo de Lark se alzó en rápido gancho, chocando estrepitosamente con su barbilla, y el derecho golpeó con fuerza el brazo armado de Dumontez, que, tocado en los músculos sensibles, abrió la mano, soltando la automática que acababa de sacar.

El dueño del bar estaba en la puerta, espionando la posible llegada de gendarmes.

Proyectó Dumontez en doble puñetazo sus dos manos, y Robert Lark pareció arrodillarse, aunque lo que hizo fue esquivar y a la vez conectar con exactitud dos potentes *uppercuts*.

Alcanzado en plena mandíbula y en el estómago, Gil Dumontez

se dobló hacia delante, con ronco estertor. Un uno-dos veloz le sacudió a derecha e izquierda la cabeza, y, escupiendo varios dientes, Gil Dumontez cayó al suelo como un saco vacío.

Robert Lark se acercó a la barra. Miró al *barman*, que le contemplaba con aprobatoria expresión.

—Un jugo de naranjas y agua helada. Ustedes pueden seguir bebiendo tranquilamente. *Monsieur* Dumontez tardará algunos minutos en volver a sentirse molesto. Por favor, barran la herramienta. Podría dispararse, y habría disgustos.

Apuró su jugo de naranjas, y chasqueó la lengua con agrado. En el suelo, Gil Dumontez sacudió la cabeza para recuperar el pleno dominio de sus sentidos.

Vio el pie de Robert Lark cercano a su mandíbula. No intentó incorporarse.

—Escúchame con calma, tonelada presuntuosa —dijo, secamente, Robert Lark—. Esta tarde zurraste equivocadamente a un piloto. Hiciste cuestión de prestigio el darme una paliza. Te la he dado yo, y la cosa puede quedar así. Tú sigue reinando en Yama el Kébir, que yo me busco el condomio en el Recinto Nuevo. Si me buscas de nuevo las cosquillas, no seré tan amable.

El pie se apartó. Cuando se incorporó Dumontez, ya Robert Lark se había marchado. Por entre sus labios hinchados, el marsellés refunfuñó airado:

—Por quien soy, que este americano será enterrado en Casablanca.

En las estrechas calles, Robert Lark se dirigía hacia el Recinto Nuevo. Atravesaba una arcada en penumbra, cuando levantó las manos porque el contacto que acababa de sentir en sus espaldas lo conocía muy bien.

Un punto duro, circular. ¿Atracador, agente del contraespionaje alemán?

Una voz tenue, quejumbrosa, casi implorante, decía:

—Es usted muy joven para morir, Robert Lark.

Se giró lentamente, y pestañeó. Era una diminuta anciana, vestida de negro, con velo, y que en su diestra sostenía el abanico, con cuyo remate le había tocado en la espalda.

Estaban los dos solos, pero Robert Lark, agente del OSS (Oficina Servicios Estratégicos, dedicada al contra espionaje en el extranjero)

desconfiaba de todo. La anciana sonreía tristemente.

Repitió:

—Es usted muy joven para morir, Robert Lark.

—Y usted muy endeble para bromear, señora. ¿Qué hubiese ocurrido si sin verla la golpeo?

Ella arrugó el marfileño rostro aquilino para decir con la misma suavidad que hacía aún más desconcertante su presencia:

—Usted no querrá que yo le mate, ¿verdad?

* * *

El Kasbahtadla reunía los elementos precisos para ser el lugar de cita elegante de Casablanca: servicio impecable, ambiente refinado y salas de juego.

Caídes majestuosos, gesticulantes italianos, envarados alemanes y flexibles franceses, burlones y rencorosos, alternaban en su recinto.

El afán de documentarse en exotismo, mantenía constantemente a Myrna Capring en continua observación. Sus preguntas no alteraban la completa impasibilidad de su acompañante, el coronel Marc Delbos, que, vestido de paisano, cenaba sobriamente, constituyendo para la americana, hija del Rey del Transporte, una fuente de información perfecta y técnicamente irreprochable.

Myrna Capring sentía verdadera curiosidad por los oficiales pertenecientes a lo que ella llamaba «fuerzas desesperadas».

—¿Y este joven de ojos de loco y cabeza afeitada con un mechón de cabellos en la coronilla, es un santón, coronel?

—Es un teniente de las mehalas. Policía montada del desierto. Durante diez meses viven por completo alejados de toda civilización. Cobran unas pagas excelentes, que en dos meses gastan salvajemente en Casablanca, Fez o Rabat.

—Creí que era un marroquí.

El joven bronceado, vestido con chilaba, babuchas y con un collar de huesos colgante del cuello, al pasar frente a la mesa ocupada por la americana y el coronel Delbos, inclinó en respetuoso saludo la cabeza adornada con la fantasía.

Myrna Capring posó sus ojos chispeantes en el hierático rostro de fanático idealista del coronel Delbos.

—Estoy muy impresionada de merecer su amistad, coronel.

—¿Por qué?

—Nunca he conocido a un hombre ante quien todos demuestran tanto respeto. Casi diría un respeto rayano en misticismo temeroso. ¿Es usted brujo y conoce artes secretas, coronel?

—Está usted algo desorientada, Myrna, y le parece ver misterios donde solo hay normalidad. Este joven es un teniente y yo soy su superior, aunque pertenezcamos a cuerpos distintos.

—Me hubiera gustado que hubiese usted vestido su uniforme. Es espléndido. La capa roja por dentro, blanca al exterior, de los *spahis*, es deslumbrante.

—Creo que en los escenarios de revista de Norteamérica tendría éxito.

—No se burle, coronel. ¿Es verdad que esta capa tiene los dos colores, rojo y blanco, para ocultar la sangre de las heridas y con el blanco no hacerse visible en el desierto?

—Su ansiedad por lo pintoresco es deliciosa, porque es usted bonita y tiene buen corazón. De lo contrario, resultaría molesto. Cuantos han aceptado el sacerdocio de las armas en los confines del desierto marroquí, no gustan de ser considerados como *gangsters*.

De tez encendida, rubia, y de ojos zarcos, Myrna Capring tenía una gracia encantadora, mezcla de delicada ingenuidad y firme voluntad.

—Su manera de calificar al ejército del desierto, llamando desesperados a sus componentes, contribuye a cavar el foso de la incompreensión entre las naciones. Nosotros somos sacerdotes de la más difícil religión: la de hermanar razas, fusionando almas tan opuestas como son la de los moradores de los Djebel, y la de los que desde París nos dictan sus órdenes, a veces muy difíciles de llevar a cumplimiento.

—¡Oh, fíjese, coronel! —exclamó ella, maravillada.

El hombre que motivaba su asombro era un soldado con uniforme blanco, fajado de azul, con fez rojo, y que tenía en el rostro cruel dos detalles únicos: unos labios intensamente rojos y en la frente, en negro, seis letras algo confusas, que al acercarse pudo deletrear ella: «Martyr».

—Es de los Bat d'Af —explicó el coronel Delbos—. Son los batallones africanos donde van a parar los rebeldes indisciplinados. Se dan entre sí el nombre de «alegres», y solo a este nombre

contestan.

—Este «alegre», tiene cara enfermiza de asesino, y, no obstante, sus labios revientan de salud —dijo Myrna Capring, extrañada.

—Están tatuados de rojo. Caprichos de estos caballeros.

El «alegre» se aproximó, y, a dos pasos del coronel Delbos, hizo un marcial saludo.

—Hassi Denib el Hassent, mi coronel.

—Gracias, «alegre».

El soldado del Bat d'Af volvió a saludar y, tras entregar un minúsculo objeto que a Myrna le pareció un cigarro habano, se fue.

Ignoraba ella que con solo dos frases que acababa de oír, y la entrega de aquel mensaje, iba a iniciarse para ella la más peligrosa y trágica de las aventuras.

Marc Delbos desenrolló el papiro de hoja crujiente, en la que aparecían trazadas con signos árabes varias palabras.

La ansiosa expresión interrogante de la americana le hizo decir:

—Hassi Denib el Hassent es un poderoso caíd de los Montes del Atlas Medio. Me aprecia y le tengo afecto. Sabedor de que me encuentro con licencia temporal, me invita a visitarlo en sus tiendas de la cumbre. Una merced envidiable, porque se pueden contar con los dedos de una mano los europeos que han conseguido tal privilegio.

—¡Lléveme con usted, coronel!

—«Antes pasará un camello por encima de las azules aguas del lago, que una mujer blanca visitará al caíd poderoso en su tienda», reza un proverbio de la montaña.

—Estamos en el año 1940, coronel.

—Más allá de la línea de los poblados europeos siguen imperando las costumbres ancestrales. Desde que la conozco, Myrna, sus caprichos me han causado gracia porque es usted frescamente limpia de pensamiento, y tiene la curiosa avidez de una niña caprichosa... Pero todo tiene un límite, y este, lo es ahora la demarcación del Atlas Medio. Los *txhouad* son primitivos y apasionados. Odian a las niñas caprichosas.

De pronto, el semblante severo del coronel, que atenuaba la voz y sonreía para conversar con ella, se hizo duro, casi amenazador.

Ella miró hacia donde la mirada de Marc Delbos se había helado.

Vio a Martín Spirito y Ludwig Konzhofer, que se aproximaban. Cuando el comisario estuvo frente a la mesa, Marc Delbos giró ostensiblemente el rostro, en gesto de desprecio inmenso.

Pero Martín Spirito nunca se desconcertaba.

—Buenas noches, *miss* Caprice.

—Capring si le es igual, comisario —dijo ella riendo, porque a su pesar le hacía gracia el obsequioso hombrecillo.

—Oh, perdón, perdón. Es mi poco dominio del idioma inglés. Buenas noches, coronel Delbos. Me veo obligado a amargarle la velada, pero tengo órdenes superiores que cumplir.

—Siéntese —invitó ella.

—Acepto la amabilidad. ¿Conoce a mi ayudante, *miss* Caprice? ¿No? Tengo el honor de presentarle a *herr* Ludwig Konzhofer.

Marc Delbos, enrojecidos los pómulos, volvió el rostro, y con dureza salvaje silabeó:

—Por prestigio y hombría, comisario Spirito, usted debería haberse levantado la tapa de los sesos, antes de convertirse en un lacayo. Los mismos a los que usted sirve le desprecian, porque un alemán podrá tener muchos defectos, como los tenemos todos los humanos, pero nunca es traidor ni servil, al menos cuando es militar. Usted es coronel de las SS, ¿verdad, Konzhofer?

—Lo soy, coronel Delbos. Y permítame decirle que tenemos un alto concepto de usted como militar, como particular y como genio diplomático.

—Elogios que no agradezco, coronel Konzhofer. Prefiero abreviar y que sea usted el que me explique la razón por la que importunan a la señorita.

—¡Oh, no! —protestó ella—. Si es muy emocionante.

Konzhofer deslizó una mirada despreciativa hacia la representante de una nación ignorante y superficial. Habló con respeto:

—Como usted, coronel Delbos, yo no sé dar rodeos. Le ruego que me indique dónde estaban entre cuatro y seis de esta tarde sus dos ordenanzas.

—Libres de servicio. ¿Por qué?

—A bordo de un yate americano, recién atracado, han asesinado al capitán. La muerte le fue causada por una flecha de eriba disparada desde cualquier punto del muelle.

Marc Delbos hizo un gesto amplio, como si abarcara toda la sala.

—La espina del azufaifo crece por todos los Djebel. La emplean los artífices de la ciudad para sus labores de artesanía, los pescadores para anzuelos, los árabes como mondadientes.

—¿Puedo pedirle su palabra de honor de que ni usted ni nadie que usted conozca ha participado en lo ocurrido a bordo del *Neptuno*?

—Tiene usted mi palabra de honor, coronel Konzhofer.

—Gracias. Con su permiso nos retiramos.

—Un momento —intervino Spirito—. Siempre me ha emocionado la candorosa fe de los militares en sus respectivas palabras de honor. Usted olvida una circunstancia, mi querido Ludwig. Cuando las tropas alemanas desfilaron bajo el Arco de Triunfo, el ejército de Marruecos estimó que la palabra de honor quedaba abolida por lo que se refería a sus relaciones con jefes alemanes.

—Miente usted miserablemente, Spirito, y me dará usted plena satisfacción mañana, a las ocho, en el patio de armas del castillo viejo —comentó Delbos.

—Yo no puedo batirme en duelo, coronel —sonrió Spirito—. Órdenes superiores. Comprenda que si me rindiera a todas las invitaciones que recibo, trabajaría horas extraordinarias. Ya que le gusta hablar sin rodeos, dese por enterado de que hago cuestión de prestigio demostrar que usted sabía perfectamente que el capitán Merryval sucumbió a una generosa oferta alemana para que cambiara de amo, y que el yate estaba destinado a un fin que desgraciadamente no pudo explicar, por la intervención de una eriba. Pero el capitán Merryval había determinado que cuanto a bordo sucediera, fuese inmediatamente comunicado a mis agentes. ¿Cómo lo supo el Servicio Secreto marroquí, opuesto a la gran Europa hitleriana? Yo lo demostraré. Es para mí una cuestión de prestigio, y usted tiene demasiado prestigio, coronel Delbos, para que actúe contra usted sin pruebas evidentes, y las conseguiré. Buenas noches, *miss* Caprice. Buenas noches, coronel Delbos.

Se alejaron comisario y ayudante. Myrna Capring, excitada, susurró:

—¿Espionaje y contraespionaje, coronel? Esto es emocionante, y si en algo puedo ayudarle, dígamelo sin ambages. Adoro los

secretos y las conspiraciones, que hasta hoy solo he podido leer. Dígame: ¿fue usted quien sentenció al capitán del yate misterioso? No se irrite conmigo. No acepto duelos, tampoco. ¿Por qué sonrío de pronto? Gana usted mucho sonriendo.

El coronel Delbos repuso amablemente:

—Tal vez le interese saber quién es el propietario del yate.

—En efecto. Mucho me interesa, puesto que si sé quién es el dueño del yate, sabré con qué finalidad ancló en Casablanca.

—La persona propietaria del yate es usted.

Myrna Capring se quedó sin aliento. Sacudía negativamente la cabeza, mientras ante ella el coronel Marc Delbos encendía pausadamente su corta pipa de brezo conteniendo entre otras hojillas de tabaco la enviada por el muy poderoso caíd de la Montaña Hassi Denib el Hassent.

* * *

Ludwig Konzhofer, al marcharse el camarero que tomó nota del menú escogido tras grandes reflexiones por Spirito, dijo bruscamente:

—No soy ningún títere, comisario.

—Una evidencia indiscutible, mi querido Ludwig.

—Usted detiene al piloto Chambers, diciéndome que así adormecerá la vigilancia de los verdaderos culpables. Y frente al coronel Delbos, le acusa y le advierte, dándole a entender que sus pasos serán controlados. ¿De qué sirvió la detención del piloto?

—La trama parece complicada y muy latina. Pero le aseguro que muy pronto tendrá una claridad germánica de problema algebraico resuelto hasta la última ecuación. Tenemos tres datos: el coronel Delbos, Doris Jackson y Robert Lark.

—Este Lark lo descartó usted.

—Es un *gangster* huido de su patria. Tiene gran prestigio entre los *gangsters* de Casablanca. La incógnita se resolverá cuando encuentre la relación entre el *gangster* Lark, la novelista Jackson y el místico coronel Delbos.

—Si considera a los tres cabecillas de un complot...

—¿«Cuic»? —sonrió Spirito, pasándose el índice por el cuello—. Eso sería torpe, mi querido Ludwig. Hacer fusilar al coronel Delbos acarrearía molestas consecuencias. Casi puedo afirmar que las

cábilas del Atlas se mantienen quietas gracias al prestigio del coronel Delbos. Ahora bien, si puedo demoler este prestigio, habremos ganado una gran batalla secreta.

—Suprimir a Lark y a la novelista no es difícil. ¿No posee usted *gangsters* franceses a su servicio?

—Yo, cuando tomo vacaciones, cultivo mi jardín. Y cuando quiero exterminar la cizaña, no corto la cabeza, sino que arranco las raíces. Y las raíces las tendré en el puño, cuando encuentre la relación entre Robert Lark, Doris Jackson y el coronel Delbos. Si el capitán Merryval no hubiese muerto, ahora sabríamos a qué se destinaba el yate. Reflexione sobre estos datos: Robert Lark, con gran prestigio entre los *gangsters* de Casablanca; el coronel Delbos, con gran prestigio entre las cábilas del Atlas, y Doris Jackson, agente del OSS. Agite la mezcla, y comprenda que puede muy bien la zona de Casablanca ser la primera donde desembarquen los aliados. Pero ahora se acerca una sonrosada langosta, a la que haremos honor. Y comiendo, mi querido Ludwig (ya sabe usted mi debilidad), no consiento estrujarme el cerebro. Medite tan solo que en Casablanca hay un hombre, de elevada situación, que conoce perfectamente, detalle por detalle, la operación secreta de la que el yate *Neptuno* es un simple eslabón. ¿Quién es este personaje?

—Podría ser usted —dijo secamente Konzhofér.

—Puede que sí, puede que no. ¡Camarero! La cuenta, a cargo de la Comisión del Armisticio. Y traiga champaña «Heidenbeck» para mayor gloria y provecho de la Tercera Alemania Triunfante. No, no, por favor, mi querido Ludwig. No acepto controversias hasta la sobremesa, y tal vez le abrirá el apetito imaginar que en este mismo instante, fuera, hay tres *gangsters* en las sombras, esperando para acribillarle a balazos. Buen apetito, mi querido Ludwig. Tal vez por ellos mismos podremos saber quién es el personaje que anda moviendo los hilos de la conspiración; naturalmente, cuando estén desarmados y bien custodiados en mi despacho. ¡Oh, no es cosa del otro mundo! Si la policía no tuviera confidentes, el trabajo sería muy duro. Y Gil Dumontez es un confidente a la fuerza, pero al fin y al cabo rinde buenos servicios. ¿No lo es el evitarnos que a la salida del Kasbahtadla quedemos usted y yo convertidos en espumadera? ¡Ah, el champaña! Será un vicio de provinciano, mi querido Ludwig, pero nunca me he acostumbrado a principiar la

cena sin un sorbito de champaña. ¡A su salud!

* * *

—No, no puede ser. Es imposible, coronel.

—¿Duda de mi palabra?

—Pero ¡si yo no compré ese yate! ¡Es la primera vez que oigo mentarlo!

—Un astillero de Galveston recibió una crecida suma por el importe de este yate, *Neptuno*, y remitió a cierta dirección de Marruecos los documentos que atestiguan que es usted la propietaria. La operación fue efectuada por Doris Jackson, su gran amiga.

—Pero, ¿esto es absurdo! ¡Totalmente increíble!

—La acompañaré al hotel y podrá conversar usted con Doris. Creo que ella la convencerá de que...

—Escuche, coronel. No entiendo una sola palabra, pero si me veo envuelta en esta tenebrosa conspiración, sepa que... ¡Sepa que usted me llevará a visitar al salvaje cabileño Hassi Denib el Hassent! Vamos al hotel. Hiervo de impaciencia por oír las razones que me dará Doris para haberme convertido en propietaria de un yate a la fuerza. ¡Esto no es correcto! Y a usted, coronel, no le creía capaz de artimañas.

—La guerra en el monte y desierto es a base de emboscadas. Pero cuando oiga a Doris, todo lo comprenderá.

Abandonaron el Kasbahtadla y, en la calle, añadió el coronel:

—Le advierto que yo mismo ignoro los detalles. Tan solo sé el destino reservado al yate. Pero Doris le aclarará todo.

Doris Jackson, en su habitación del hotel, no disiparía la ansiedad que sentía Myrna Capring, porque una espina de eriba adornaba con una gran rosa roja su blanca garganta, y los ojos grandemente abiertos de la que yacía tendida en el lecho, tenían la fijeza de la muerte.

CAPÍTULO IV

El *Federal Bureau of Investigation*, a medida que los acontecimientos bélicos se precipitaban en Europa, fue ramificándose a semejanza de los organismos inglés y francés.

En su aspecto general se dedicaba a la represión de todo delito que atentara contra las leyes federales, empleando como agentes a los llamados *government men*, policías adiestrados que disponían de un abundante y científico material informativo.

Varias secciones fueron creándose. La OSS dedicóse exclusivamente a la represión del espionaje, en el extranjero.

La OSS, si bien contaba con agentes jóvenes y poco bregados, disponía también de un archivo prodigiosamente meticuloso, que permitía a larga distancia tener informes tan exactos como los obtenidos sobre el terreno.

La OSS había ya lanzado su red de agentes por Europa y África. Las mallas de la red eran agentes amantes del riesgo y la aventura; los que manejaban la red eran fríos científicos, superdotados para organizar y prevenir.

En una vasta sala-biblioteca, dos hombres se inclinaban sobre un tablero de cristal pintado que reproducía el Marruecos francés, dividido en cuadros que se iluminaban al presionar un botón.

Uno de ellos era el formado, por la costa atlántica entre Casablanca y Agadir, en cuyo centro, y tierra adentro, se internaban los montes del Atlas Medio.

Los dos hombres eran, respectivamente, un alto jefe de Estado mayor y el intendente general de la OSS.

El militar rompió el silencio.

—Sí, podría ser una de las futuras zonas de desembarco. Ya sabe usted cuál es el motivo de mi visita a Washington. Tengo un especial interés en estar en antecedentes de cuanta labor preparatoria se está efectuando en esta zona.

El intendente, con el índice, trazó una raya a través del cuadro de cristal pintado a colores.

—La población francesa se divide en dos grupos: los humillados

por la derrota, y que ansían liberarse de los alemanes, y los arribistas o convencidos, que están al lado del III Reich.

El militar esbozó una sonrisa burlona, y dijo:

—Esto lo saben ya en las escuelas primarias.

—Cuando quiero pescar un salmón de buen peso, señor, me cercioro hasta de lo más elemental. Estamos los dos a solas, y puedo decir algo que haría la fortuna de un reportero y me valdría la destitución. Nosotros, los americanos, somos directos, ingenuos y poco duchos en el arte de la política europea, que es complicada y tiene siglos de tradición. Somos como discípulos.

—No pretenderá decirme que los alemanes nos superan.

—Digo que están más entrenados. Sacan provecho de matices que nosotros ni siquiera percibimos. Y esto es lo que hicieron apenas se instalaron en Casablanca bajo el aparente aspecto de Comisión del Armisticio.

—Si ellos se aprovechan de los partidos del Gobierno de Vichy, ya sabrá usted valerse de los elementos disidentes.

—Los elementos disidentes son turbios, porque no tienen aún la organización precisa. Me refiero a un tercer grupo. Usted no ignorará que en Casablanca hay un elemento de población muy crecido que se dedica a negocios de índole dudosa, como sucede en todos los puertos de enlace. Pero en Casablanca, y en las aguas revueltas de la guerra, este elemento delincuente ha crecido enormemente, y los alemanes han ido efectuando una labor de atracción en este grupo formado por los *gangsters*, que muchos de ellos son evadidos de nuestro continente.

—El hampa es un factor no desdeñable, pero no primordial.

—Así lo estimo. Pero son carcoma que puede roer la red mejor tejida, y por eso envíe allá al hombre más apto para entenderse con ellos, que es un *exgangster* llamado Robert Lark.

El militar hizo un gesto de impaciencia.

—El hampa no es un ejército.

—Sí. Es la intendencia de los bajos fondos, y cuando como en Casablanca interviene directamente en la guerra de los informes, es imprescindible y obligatorio tratar de anularla o debilitarla, y a esta misión ha ido mi mejor agente Robert Lark, cuyo prestigio entre los hampones puede lograrnos un gran triunfo.

—Como instrumento de represión de la delincuente, admiro al

OSS. Pero de lo que estamos tratando es de contar con futuras zonas aptas para un desembarco con pocas bajas.

—A esto vamos. Los rufianes que a buen precio se han puesto a sueldo de los alemanes, van a intentar una acción conjunta de gran envergadura. Inutilizar los aeródromos que la Gestapo considera peligrosos y asaltar los dos polvorines principales, cuya existencia entregarán al ejército alemán. Esto ha ido a impedir Robert Lark.

—¿Sabotaje de los polvorines antes de que caigan en poder del enemigo?

—Mejor aún, señor. A Robert Lark le precedió una agente nuestra llamada Doris Jackson, que es amiga íntima de Myrna Capring. Un yate zarpó recientemente de Galveston al mando del capitán Merryval, tío de Doris Jackson. Su puerto de arribada era Casablanca, y allí deberá aparecer con documentación de propietario a nombre de *miss* Capring.

—¿Capring no es el magnate de la línea de transportes Chicago-Detroit-Nueva York?

—El mismo. Su hija es caprichosa, y puede permitirse el lujo de un yate. La idea era que a bordo del yate se embarcaran los explosivos que los *gangsters* capitaneados y convencidos por Robert Lark arrebataren de los polvorines, quitándoselos en las mismas narices a los alemanes.

—Operación arriesgada y admirable, pero...

—Permítame irle exponiendo el engranaje de la máquina. El capitán Merryval ignoraba el verdadero destino del yate. Sabía tan solo que se fingía que Myrna Capring era la propietaria. ¿Tuvieron los alemanes sospechas? El caso es que convencieron a Merryval para que este, cuando tuviera el yate cargado, hiciera rumbo a puerto alemán. Pero el capitán Merryval, apenas hubo anclado, apareció muerto en su camarote, atravesado por una flecha árabe.

—De costumbre, sus agentes emplean pistola.

—No ha sido ningún agente nuestro quien mató al capitán Merryval.

—¿Entonces?

—Están tratando de averiguar quién fue y por qué motivo. Los alemanes no tenían motivo, y a nosotros no nos interesaba llamar la atención sobre el yate. Ya lo averiguará la agente Doris Jackson, o Robert Lark. Ahora pasaremos a lo que más directamente le

interesará. El coronel Marc Delbos es una figura de gran prestigio en Casablanca y todo el Marruecos francés. Es una especie de *marabout*.

—Eso significa...

—Llaman así en Marruecos al blanco que logra, por un poder casi magnético, imponerse a los jefes de cábila. Y el coronel Delbos sería para nosotros el auxiliar perfecto.

—¿Por qué?

—Todas las tribus armadas del Medio Atlas que han sido pacificadas por Francia, obedecerían al coronel Delbos, diera este la orden que diese. Naturalmente, está vigilado, y el Gobierno de Vichy ha recibido instrucciones al efecto de prestar suma atención a todos los pasos del coronel Delbos. No pueden encarcelarlo, por una cuestión de prestigio. Está demostrado que Marc Delbos es insobornable y es fanáticamente puro. Por esto los árabes le idolatran. Posiblemente, los alemanes intentarán desprestigiarle, pero si no lo consiguen, el día H, a la hora D, cuando los lanchones del desembarco se movilicen, podríamos contar con el considerable refuerzo que supondría el coronel Marc Delbos acaudillando las cábilas.

—Agradezco su paciencia conmigo. Ahora comprendo que el engranaje es perfecto. ¿Miss Capring, es también agente voluntaria?

—No lo es, pero lo será seguramente, si el caso llega. De momento, está muy entusiasmada con el coronel Delbos.

—¿Quién, en Casablanca, coordina todo el engranaje?

—Robert Lark, aunque, mutuamente, él y Doris Jackson se ignoran como agentes. Lo preferí así.

—¿Y confía usted en la inteligencia de Robert Lark?

—No es solo un hombre de acción. Es un cerebro despejado e infatigable. Nunca titubea. Por el momento, su principal cometido es hacer fracasar la acción de los *gangsters* vendidos a los alemanes. Y cuando el caso llegue, matará al coronel Delbos.

El militar parpadeó, para decir:

—Nunca he entendido muy bien el complicado tejemaneje del espionaje. Pero lo que acaba usted de indicar, se me escapa por completo.

—Puede suceder que los alemanes hallen el medio de desprestigiar al coronel Delbos. En ese caso, y antes de que fuera

encarcelado y procesado, se simularía la muerte del coronel a manos de un *gangster*, por motivos pasionales. Y Marc Delbos aguardaría lejos de Casablanca el momento de aterrizar en el Atlas Medio y capitanear las cábilas sublevadas.

—Todo previsto. Usted, que es el general de este ejército de pistoleros con cerebro, dígame: ¿acaso *miss* Capring será el motivo aparente para la aparente desaparición del coronel Delbos?

—Está estudiada esta posibilidad, y se le ha hecho saber a Robert Lark. Este, cuando se lo propone, tiene mucha aceptación entre las mujeres.

—Quedan en suspenso muchas posibilidades muy intrigantes. Esta guerra secreta es más pintoresca y emocionante que los asaltos a bayoneta calada. Volveré dentro de seis días para saber el final.

—El final, señor, está aún lejos. Por ahora, Robert Lark y Doris Jackson se juegan la existencia a cada segundo, para instalar unos jalones, los primeros americanos en África. Espero que dentro de seis días podré explicare si han triunfado, o si he tenido que enviar a otros agentes a proseguir la labor iniciada.

Llena la mente de interrogantes, el jefe militar se despidió. Comprendía ahora que la lucha secreta era enormemente complicada cuando intervenían los sinuosos factores raciales alemanes, franceses y árabes, tan distintos en métodos al directo y agresivo norteamericano.

«Pero los discípulos algún día aventajan al maestro», resumió. Y por patriotismo y orgullo nacional, apostó mentalmente por Robert Lark, el exboxeador.

Mientras, el intendente general de la OSS recibía el radiograma del enlace de Casablanca, que descifró.

Comunicaba la muerte de Doris Jackson. Muerte que segó la existencia de la gentil agente, del mismo modo que terminó con el capitán Roger Merryval.

Una espina de eriba lanzada por un misterioso ballestero desde lejos. El intendente general no lograba coordinar las dos muertes provocadas por la misma arma.

Aquel ballestero que mataba a un hombre que podía considerarse agente alemán, y a un agente de la OSS, ¿por cuenta de quien asesinaba?

¿Qué finalidad había en el impulso que hacía actuar al ballestero

misterioso? Totalmente desconcertado, el intendente general compuso un radiograma cifrado.

En él se explicaba a Robert Lark que, si fuera preciso, debía confiar en Myrna Capring y exponerle lo ocurrido hasta entonces. Y añadía, algo superfinamente, que estuviera alerta, porque un balletero enigmático disparaba flechas de espina de eriba, eligiendo sus víctimas entre las que de cerca o de lejos estaban relacionadas con el yate *Neptuno*. Y por tanto, debía advertir a Myrna Capring de este peligro, siendo preciso cuanto antes inutilizar al balletero.

El intendente general, mientras cenaba, adquirió la certeza de que pronto recibiría otro radiograma anunciándole la muerte de Robert Lark por una espina de criba, la flor del azufaifo que crece con abundancia en el Atlas Medio, de donde también son originarios los balleteros.

El intendente general abandonó la mesa rápidamente. Y radió otro mensaje, ordenando a Robert Lark que tratara de averiguar, por mediación del coronel Delbos, cuál era el posible jefe de cábila que hubiese aceptado servir a los alemanes.

Regresó a cenar, no satisfecho del todo. Si era un balletero árabe al servicio alemán, quedaba explicada la muerte de Doris Jackson. Pero ¿y la muerte del capitán Merryval?

Durmió inquieto, porque capas rojas de *spahis*, flechas de criba, aeródromos destruidos y polvorines saltando, le mantuvieron en constante pesadilla.

Un zumbido constante, cercano a sus oídos, le despertó. Encendió y dio vuelta al botón de su aparato conectado con el permanente servicio de radio de la oficina central.

Fue escribiendo las palabras convencionales, y fue con ansia cómo las descifró, porque procedían de una emisora de Casablanca.

Tras las palabras que hablaban de algodón, fuerte depresión en la Bolsa de valores existentes, y otra fraseología comercial, apareció en el papel donde vertía la traducción laboriosa:

«Primer objetivo conseguido, y antes del amanecer pienso capturar balletero averiguando motivos muertes Merryval y Jackson.

»Lark».

Las tres últimas palabras eran «algodón, minas cobre y frutera marítima». Tras aquellas tres apariencias que a diario hacían tabletear muchos telégrafos y oscilar numerosas válvulas de radios financieras, se ocultaban dos cadáveres y un agente en misión donde acechaba constantemente la muerte.

«Primer objetivo conseguido», significaba que Robert Lark había logrado convencer a los *gangster* adictos a los alemanes.

¿Cómo? Al igual que el jefe militar, también el intendente general de la OSS, por unos instantes, hubiera querido estar en Casablanca, y oír de labios del propio Lark cómo había conseguido el primer objetivo.

CAPÍTULO V

Robert Lark pensó que se las había con una pobre loca. El uso y el abuso del *kiff* y el *haschisch* engendraba numerosos casos de perturbación mental en el Marruecos francés.

Miró a la anciana diminuta y enigmática con cierta pena.

—No debería usted andar sola por estas calles que no son muy recomendables por la noche, señora.

Ella rio y, por un instante, su triste rostro adquirió juvenil mueca de incomprensible satisfacción.

—Nadie haría daño a una vieja como yo, señor Lark. Pero me agrada que usted se preocupe por mí. Esto demuestra que podremos quizá llegar a un acuerdo.

—Usted siga bien, abuela. Yo tengo que...

—No se vaya. Lo que yo le proporcionaré le servirá de mucho. Le he estado aguardando, porque sabía que a las once tenía una cita con Gil Dumontez. Y quiero evitar que Gil Dumontez cometa un crimen. Quiero protegerle.

—Dumontez sabe protegerse solo.

—No, no. Es un niño grande, muy vanidoso, porque es fuerte, pero está atravesando una crisis difícil. Usted tiene que venir conmigo; hágame caso. No soy ninguna loca, y, por tanto, no debe sentir compasión de mí. Venga conmigo, y podrá ver y escuchar cosas que le interesarán seguramente. Déjeme decirle que a partir de ahora, Gil Dumontez no descansará hasta matarle. Pero esto lo puede usted evitar si viene conmigo.

—Lo que haya de suceder entre Dumontez y yo, señora, es asunto que entre hombres se arregla.

—No, no. No quiero que Gil Dumontez vaya a la guillotina ni que le ajusten las cuentas los demás. Usted puede evitarlo, y con ello averiguará cosas que seguramente le interesarán.

La anciana hablaba firmemente. Se veía que era decidida. Señaló una esquina.

—Allá, en una casa, van a reunirse dentro de poco tres *gangsters* para matar a Gil Dumontez tal vez. Usted puede evitarlo, y si lo

hace, todo será en beneficio de usted. Yo no lo podría evitar, y por eso he recurrido a usted. Yo tengo el presentimiento de que usted no es solamente un profesor de gimnasia. Pero es solo un presentimiento de vieja chocha. Si usted evita la muerte de Gil Dumontez, averiguará cosas que le pueden servir de mucho.

—¿Qué interés tiene usted en todo esto?

—Gil Dumontez es mi hijo. ¿Viene conmigo, señor Lark?

Volvió ella a reír al ver el asombro que manifestaba el americano.

—Una paliza no le ha venido mal a mi hijo. Pero no quiero que mate ni que usted lo mate. Venga conmigo, y en la casa tendrá usted ocasión de ver y oír algo interesantísimo, relacionado con polvorines, aeródromos y un yate americano. Y no crea que mi hijo es un delator. Es un desgraciado. Venga conmigo, señor Lark, y lo comprobará.

Echó ella a andar con paso menudo y apresurado. Robert Lark la siguió, preparado a la eventualidad de una trampa, destinada a atraparle. Pero también tenía un presentimiento: aquella anciana era sincera y, pese a sus sonrisas, se la veía atormentada por un temor constante.

Al doblar la esquina dio ella una ojeada circular, deteniéndose. Después avanzó a lo largo del muro, hasta llegar a una puertecita, que abrió.

Entró Lark, que se encontró en un jardín oscuro, a través del cual se alcanzaba una casa de dos plantas, sin ninguna luz.

—No han llegado todavía —dijo ella—. Es pronto.

Abrió una puerta posterior que daba a una cocina amplia y baja. Fue corriendo los visillos, y encendió la luz.

Señaló el comedor vecino.

—Suelen reunirse aquí. Usted los verá y oirá.

Atravesaron el comedor, donde había un armario empotrado, cuya puerta tenía orificios.

—Sirve para guardar alimentos, pero no lo uso. Aquí dentro estará usted adecuadamente. Ahora vuelvo a la cocina. Ellos beben, y a veces me piden algún plato de los que guiso muy bien.

Penetró Robert Lark en el armario-despensa, mientras la anciana regresaba a la cocina. Junto a su codo había una tablilla en la que se apoyó, mientras sacaba su pistola y le quitaba el seguro,

dejándola encima de la tabla.

Sin necesidad de forzar la posición, y, cerrada la puerta, veía perfectamente a través de los cinco agujeros de la madera que oficiaban de respiradero.

Pudo ver a la anciana, que iba y venía de la cocina al comedor trayendo vasos, frascos y varios platillos con entremeses, todo lo cual iba depositando sobre el limpio mantel.

El comedor era rústico, y tenía una escalera que conducía al piso alto. Era amplio, con seis sillas, un trinchante, un aparador y la sólida mesa, contruidos en pesada madera africana.

No había ningún cuadro ni daba impresión de hogar. Oyóse un chirrido de frenos.

Asomó la anciana por el umbral del comedor y se llevó el índice a los labios, mirando hacia la cerrada puerta de la despensa.

Desapareció, y con cierta tensión muscular, Robert Lark aguardó la posible encerrona. Un riesgo que había corrido a sabiendas, porque le parecía que valía la pena saber qué se ocultaba tras las frases de la anciana que decía ser madre de Gil Dumontez.

La puerta de la cocina rechinó, y poco después oíase un murmullo de voces. Apareció en el comedor un hombre alto, de rostro anguloso, con gabardina, fieltro y las manos hundidas en los bolsillos.

Tenía la mirada huidiza y recelosa. Ojeó alrededor, antes de sentarse junto a la mesa. Otros dos entraron, vestidos con más rebuscamiento, y uno de ellos se dirigió rectamente al frasco de pastis marsellés.

—¿Tardará mucho su hijo? —inquirió el primer llegado. Su francés tenía un acento marcadamente yanqui.

—No lo creo, Brent. Él sabe que debían ustedes reunirse a la medianoche.

Taylor Brent se echó hacia atrás el fieltro. Miró aviesamente a la anciana.

—No me gusta que estén escuchando, vieja. Conque usted váyase al jardín, para que podamos hablar tranquilamente con su hijo.

Ella asintió, bajando la cabeza. Cuando hubo salido, Taylor Brent ladeó la cabeza.

—Tú, Frajel, colócate donde puedas ver la cocina.

El tercero estaba bebiendo su pastis, ya sentado. Sonrió.

—A veces te crees el amo, Brent.

—Lo soy, Dubois.

Con zumba clásicamente parisiense, Jean Dubois dijo, arrastrando las palabras:

—La exportación yanqui nos da buenas conservas, pero en lo tocante a mandones y pelos en pecho, no necesitamos lecciones. Tenlo entendido, Brent. Acabas de ordenar a Louis que se coloque de vigilante, y no eres quién para mandar. En este negocio andamos metidos seis activos y un pasivo.

—Éramos seis —dijo el americano—. Y el pasivo, cuando llegue, nos va a aclarar un punto muy interesante. Yo no mando, pero debes reconocer que por mi situación os he puesto en camino de un gran negocio.

—Poco a poco. Tú sabías algo, pero fue Gil quien, gracias a mis toques al corazón, aclaró ciertos puntos. ¿Qué hay, Louis?

Louis Frajel señaló con el pulgar hacia la puerta de la cocina.

—Ahí viene el cerdo.

Callaron los tres, y Louis Frajel se sentó junto al umbral. Penetró en el comedor Gil Dumontez, sobre cuyo rostro tumefacto blanqueaban las tiras de esparadrapo.

Olía a embrocación y cicatrizantes. Saludó tartajosamente:

—Hola, amigos.

—¡Vaya! ¿Chocaste contra un farol? Te han puesto la cara como un tomate maduro —dijo riendo Jean Dubois. Pero sus ojos azules miraban con dureza al recién llegado.

—Hablemos de otra cosa —replicó secamente Dumontez.

—Eso mismo, hablemos de otra cosa —masculló Taylor Brent—. ¿Sabes lo que ha pasado?

—¿Dónde?

—Frente al Kasbahtadla.

—Pues lo que debía pasar.

—Lo que debía pasar —terció lean Dubois—, es que cuando salieron el comisario Spirito y el alemán Konzhofer, quedasen barridos por Perrier, Charente y Préjean. Pues bien, el comisario y el alemán siguen cenando tranquilamente, pero han copado a los tres nuestros. Los han copado sin escape. Se les echó encima una nube de gendarmes, y aunque Perrier, que los vio venir, se portó

como un bravo, era tarde. Los acribillados fueron ellos, y suerte que Perrier disparó, que si no los cogen vivos y los hubieran hecho cantar, y a estas horas tendríamos a toda la bofia pisándonos los talones.

Hizo una pausa, y preguntó:

—¿Qué te parece eso, Dumontez?

—Mala suerte. Habrá que repetir el golpe.

—¿Para qué? Hemos estado pensando que si han copado a los tres amigos nuestros, solo ha sido posible por una razón. ¿No la adivinas, Gil? Pues es fácil.

—Estarían fichados, y les verían aguardando. Ya sabéis que los alemanes y Spirito desconfían de sus propias sombras.

—No es explicación convincente, Dumontez. Habla tú, Brent.

El americano pegó un puñetazo en la mesa, y frascos y vasos tintinearon.

—Vuestros métodos me revientan. Siempre dando rodeos. Las cosas claras. Entre nosotros hay un soplón delatador. Solo nosotros siete conocíamos el asunto. No podían sospechar de nosotros, por cuanto Spirito está convencido de que yo le obedezco y de sus manos recibo paga. No podía saber que me han pagado para suprimirle a él y a Konzhofer. Solo nosotros siete sabíamos que Perrier, Préjean y Charente simularían jugar una partidita de cartas en el primer piso del bar que está enfrente al Kasbahtadla, y desde cuya ventana ametrallarían a conciencia a los dos cuando salieran de cenar. Quedamos nosotros cuatro. Yo sé que no ha podido ser Frajel ni Dubois el chivato. Pero ¿y contigo qué hay, Dumontez?

El marsellés se levantó, echando hacia atrás la silla de un taconazo. Apuntó con el índice al americano.

—Eso que acabas de decir lo vas a retirar ahora mismo. ¡Acusarme a mí de confidente! Dile a este extranjero quién soy yo, Jean.

—Paz, paz —aconsejó sonriente, Jean Dubois—. No nos portemos como histéricas. Yo puedo decir quién eres, Gil, o al menos quién eras antes de largarte de Marsella. Eras de los duros de verdad. Pero cuando yo vine a visitarte, habías cambiado. Me dijiste que querías vivir de tus ganancias, sin meterte en jaleos.

—Claro. Eso dije. ¿Y qué?

—Tuve que recordarte que el asunto del atraco al banco del

Credit Lyonnais estaba todavía sin sentenciar. Y como yo sabía quién lo había ejecutado...

—Consentí en ayudarte. Y cuando me comprometo, cumplo.

—Aquí, este —y señaló Dubois al americano—, afirma que tú, para seguir viviendo como burgués retirado, has dado el soplo.

—¡Si lo hubiese dado, a estas horas estaríais los tres en chirona! ¿No lo comprendes, Jean?

—Eso dije. Pero Brent afirma que puede muy bien ser un truco de Spirito, que no es tonto. Nos deja libres, y así, cuando le convenga, recoge los frutos de nuestro trabajo. Tal vez a Spirito le conviene que hagamos saltar los aeródromos y le llevemos los explosivos adonde él quiera. Y tú estás jugando a dos paños.

Gil Dumontez rio desdeñoso.

—Cuando yo empecé la carrera, todavía tú andabas en pañales, Jean. Y en cuanto a este —señaló a Taylor Brent—, habría que desengañarle. Aquí no estamos en los mataderos de Chicago. Y puestos a acusar neciamente, ¿por qué no pensar que él sopló? ¡Sí, tú, yanqui! Ya das pruebas de que te gusta el juego a doble paño, por cuanto recibes dinero de Spirito, y piensas aprovechar la carga de explosivos por tu cuenta, en combinación con nosotros. Pero ¿eres de fiar?

Taylor Brent se pasó la lengua por los labios.

—¿Te atreves a llamarme soplón?

—Hombre —sonrió Dubois—, tiene el mismo derecho que tú. La verdad es que uno de nosotros cuatro ha dado el soplo a Spirito. Y lo que dice Dumontez no está descaminado. Por partes, hijitos. No os toméis prerrogativas, porque Louis os mira desde atrás con el ojito negro de su pistola. Vamos a hablar, y no es momento de sentirse gallitos. Decidimos el golpe contra Spirito y Konzhofér, aquí mismo, esta tarde a las cuatro. Desde entonces hasta ahora, vosotros dos vais a dar cuenta exacta de todos vuestros pasos minuto por minuto.

Louis Frajel movió junto a su estómago la culata de su pistola.

—Eh, Jean, no hay que olvidar a la vieja. Pudo dar el soplo ella.

—¡A mi madre apartadla de la cloaca! —gritó exasperado, Dumontez—. Ella es una viejita que no piensa más que en cocinar y creerse que sigo teniendo diez años. Ya lo habéis visto. La pobre está algo mochales. Y es muy francesa. Por tanto, no pretendería

evitar la muerte de un traidor como Spirito. ¡Dejadla en paz! Vamos al asunto. Yo puedo daros cuenta exacta de mis pasos.

—Hay teléfonos —dijo Taylor Brent—. Yo insisto que este ha dado la voz de aviso a Spirito, y pido que se le aplique nuestra ley. No hay sitio para los traidores entre nosotros.

Jean Dubois se había colocado tras la silla ocupada por Taylor Brent. Arqueó los brazos instintivamente, alzando las manos, cuando en su espalda, contra los riñones, se apoyó la boca del cañón de pistola empuñada por Robert Lark.

Este había abierto la puerta, juzgando la situación propicia para sus fines, y en salto adelante había aplicado su pistola contra el talle de Jean Dubois.

—Aconsejo quietud —dijo rápido e incisivamente Lark—. Aquí hace falta un juez y árbitro, y yo puedo serlo. ¡Tranquilidad, Louis! Nada va contra vosotros, sino al contrario. Vengo amistosamente para evitar errores.

Taylor Brent no se movió, imitando a Jean Dubois.

—Podemos charlar como se debe, si todos dejáis las herramientas tranquilas. Dumontez ya me conoce. Soy el que le ablandó, porque se permitió desafiarme. Me llamo Lark; Robert Lark. Quizá mi nombre te diga algo, Taylor Brent.

El americano interpelado volvió la cabeza.

—Es de los nuestros —dijo—. Pero podías haberte presentado de otro modo, Lark. Vamos, enfunda el cacharro.

—Estoy de acuerdo, si los cinco nos sentamos alrededor de la mesa con las manos a la vista. Estáis nerviosos, y pueden ocurrir desgracias. ¿De acuerdo, compinches?

—No somos tus compinches —dijo, secamente, Jean Dubois, bajando las manos.

—Pero lo seremos, cuando yo os diga los errores que habéis cometido. Estuvisteis a punto de servirle de títeres a Spirito. ¿Nos sentamos y me escucháis?

—Nada sé pierde con ello —replicó Dubois, sentándose.

Gil Dumontez miraba sañudamente a su agresor reciente. Preguntó:

—¿Dónde estabas metido? ¿Cómo entraste? ¿Quién te dio vela en este entierro?

—Me la tomo. Estaba en la despensa, y entré por la ventana,

porque no estaba invitado. Andáis flotando en este negocio, muchachos. Aquí no hay jefe, y así van las cosas. No seas receloso, Frajel. Primero discutiremos, y si no os gusta mi intromisión, siempre quedará tiempo para darle gusto al dedo.

—¿Matón, no? —masculló Frajel, sentándose.

—Lark tuvo en jaque a todos los *G-men* de los Estados, durante tres años. Le buscaban con saña, pero el Agresivo no se dejó pescar —fue explicando orgullosamente, Taylor Brent—. Le tuvieron por dos veces a punto de sentarse en la parrilla, y se largó.

—Esa es mi historia. Este soy yo. Ahora vamos al grano. Aquí no hay ningún chivato —mintió Robert Lark—. Yo tengo un amigo en comisaría. Pero dijo apenas hace dos horas, que el propio Spirito había visto al entrar en el Kasbahtadla a vuestros tres amigos en la ventana. Se olió algo, y por si acaso mandó gendarmes para acordonar y coger vivos a Perrier, Préjean y Charente, pero como hubo pólvora, os librasteis. Nadie sospecha de vosotros. O sea, que podemos dar el golpe grande.

—¿Ves cómo no fui yo? —galleó Gil Dumontez, mirando agresivamente a Taylor Brent.

—El mismo amigo de comisaría me ha hecho una confidencia que vale su peso en oro. Resulta que en Berlín han hecho una falsificación en grande de billetes de a dólar, patrocinada por el mismo partido nazi. Son billetes que casi resultan mejores que los legítimos. Y un buen montón de ellos ha sido entregado a Spirito, ¿para qué os suponéis?

Rabiosamente, Taylor Brent hurgó en su bolsillo de su pantalón, y extrajo un rollo de billetes que fue tendiendo y mirando a través de la luz.

—Me los dio Spirito, el muy verraco —murmuró.

—No se diferencian de los otros, solo que en América tienen barrunto de esto, y pronto estos billetes no servirán más que en las zonas ocupadas. O sea, que puedes cambiarlos aprisa, Brent, si aún es tiempo. Y esto os iba a pasar. Spirito os pagaría con billetes falsificados, y después, como muy bien ha dicho Dubois, os iba a emplear para el trabajo duro, y, como epílogo, la Gestapo os haría fusilar por sabotaje. Esta es la fija.

—¡El muy canalla! —barbotó Frajel—. ¡A este me lo cargo yo!

—Con tiempo. Podemos hacernos los cándidos, y darle el

escamoteo. Valernos de sus propios medios. Yo sé quién me pagará en dólares de los legítimos. Bueno, ahora ya está todo encima de la mesa. El que quiera comer, está invitado. El que no quiera puede levantarse, y pondremos en claro cuál vale más.

Se levantó Robert Lark. Gil Dumontez le miró dubitativo. Pensaba que en realidad, gracias a su intervención, se veía libre de la acusación de confidente de Spirito.

Dubois pensaba que el intruso había dicho que él tenía razón.

—Podemos comer juntos, Lark —dijo con falsa cordialidad—. Siéntate, y dinos tu plan.

—Me sentaré, si nos ponemos de acuerdo sobre un punto importantísimo. Yo he tenido tres *gangs*. Marchamos sobre ruedas, mientras mandé. Cuando salió un listo, todo se fue al infierno. O sea que si me aceptáis como voz cantante, y ley es la que os cuadra, trato hecho, y repartiremos billetes grandes, para poder retirarnos.

—Mi jefe es Dubois —dijo Louis Frajel.

—Yo admito —afirmó Taylor Brent—. Vale mucho este.

Gil Dumontez se acariciaba el hinchado mentón.

—Tu gimnasio vale quinientos mil francos, Dumontez. Pero con los alemanes rondando, no vale nada. Ganarás cien mil dólares de los buenos, y nos largaremos a otra tierra más reposada. Sudamérica. ¿Vale?

—Bueno —asintió remolón, el marsellés.

—Te daré la revancha cuando termines el negocio, y a bordo. Esta vez te gané porque te pillé de sorpresa.

Halagado, el hércules marsellés, dijo:

—Te acepto por jefe.

—¿Y tú, Dubois? Yo no mando bobadas, ni me opongo a oír opiniones si son aceptables.

—Podemos probar —dijo el francés—. ¿No te parece. Louis?

—De acuerdo, entonces. Pero quede claro, que si hay soplo me enteraré inmediatamente, porque tengo el amigo junto a Spirito. Este asunto nos reportará grandes beneficios si lo llevamos como os voy a explicar detalle por detalle. ¿Brindamos?

—Hecho. Llegaste a punto. ¿Cómo supiste? —empezó a inquirir Brent.

—Cuando algo me interesa, hago mis indagaciones particulares, que siempre son mejores que las de la bofia. Sirve, Dumontez, que

estás en tu casa. Como dijiste muy bien, tu vieja es muy francesa para andar avisando a los alemanes. Ahora, os dibujaré la operación. A Spirito le interesa que destruyáis dos aeródromos del interior.

La exposición clara y concisa del agente de la OSS convenció plenamente a los cuatro rufianes. Cada cual tuvo asignado un papel, que engañaría a Spirito.

Y al finalizar, indicó Lark:

—Tú, Dumontez, convendría que le dijeras a Spirito que pronto podrás comunicarle algo bueno. ¿Comprendes? Esto le tranquilizará, y en cuanto a ti, Brent, harás lo mismo, fingiendo que nos estás engañando a mí, a Dubois y a Frajel. Él aguardará para recoger la breva madura, y cuando tienda la mano, le daremos en todo el hocico, largándonos con viento fresco y bolsillo lastrado.

—¡O. K.! —rio Dubois—. Sirves para mandar, Lark. Tienes puños, cerebro y serenidad.

—Mejor sería que os alojarais aquí permanentemente. Yo me voy, que tengo que ultimar algunos detalles. Adiós, muchachos. Hasta pronto.

Cuando hubo salido Lark, comentó Dubois:

—No me extrañaría que este trabajase para el Servicio americano.

—Y si así fuera, ¿qué? Mejor que mejor —dijo Dumontez—. Lo tiene todo bien organizado. Nada fallará, si ninguno de nosotros falla.

—Paz —atajó Dubois, poniendo la mano sobre el brazo de Brent—. El jefe es Lark, y nosotros nos estamos quietos.

En el jardín, cerca de la puertecilla, la anciana Dumontez apareció con una sonrisa radiante.

—Escuché. Estuvo como esperaba, señor Lark. ¿Pondrá a mi hijo a bordo de un barco para Sudamérica?

—Sí, señora. Ellos me ayudan, y será en beneficio de todos. Gracias por su guía, señora.

—Yo a usted. ¿Vendrá mañana a almorzar? ¿Sí? Le prepararé un almuerzo como ningún americano con todos sus dólares podrá comer nunca allá en Yanquilandia. Me hizo gracia mi hijo. Me cree mochaes, dice.

—La quiere, abuela. Y esto es lo que importa.

—Guapo joven, y digno de ser un antiguo caballero francés — pensó ella—, pero le gusta demasiado el riesgo.

Robert Lark llegaba poco después frente a su alojamiento, dos habitaciones, en el propio gimnasio. Ante la puerta de cristales, que daba acceso a la larga sala de aparatos, donde a la derecha estaban el despacho y las dos habitaciones, introdujo la llave en la cerradura.

«La llave giró con demasiada facilidad», pensó. Un débil halo de luz se apagó en la habitación que le servía de alcoba.

Empujó rápidamente la primera puerta, y dando vuelta al interruptor, saltó de costado, adhiriéndose a la pared, junto al umbral de la alcoba.

—¡Venga, fuera! —exigió.

La luz iluminó a una muchacha elegantemente vestida, que, sonrojada, apareció con evidente aspecto de confusión y temor.

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

Myrna Caprina hizo algo extraño. Dejarse caer en un sillón, abatir el lindo rostro, y llorar quedamente con sincera aflicción.

Robert Lark, inconscientemente, miró las largas y preciosas piernas enfundadas en nylon. Repitió:

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

CAPÍTULO VI

Unos pasos lentos fueron acercándose, distrayendo la atención de Lark, que vio ahora aproximarse al coronel Marc Delbos.

Le conocía de vista y renombre.

—Buenas noches —saludó Delbos—. Yo le explicaré a qué se debe esta intrusión. Soy el coronel de *ophais* Marc Delbos, en licencia temporal. Esta señorita es Myrna Capring, compatriota suya. No se aflija por lo que no tiene remedio, Myrna. Séquese los ojos, y piense solamente en que si le tenía cariño a Doris, debe vengarla.

—¿Doris? —murmuró sobrecogido, Robert Lark.

—Acabamos de dejarla en su hotel. Muerta, con una eriba, al igual que el capitán Merryval.

Robert Lark encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Lo necesitaba. Recordaba a la gentil y delicada Doris Jackson, de ojos tranquilos y labios castos.

—Doris era amiga íntima de *miss* Capring. Sabíamos que venía a este gimnasio, y en cierta ocasión, Doris me dijo que si le sucedía algo, no titubeara en acudir a usted, Lark. Esto es lo que he hecho. Al llegar aquí estaba *miss* Capring tan rendida, que la aconsejé se tendiera en el sofá, encendiendo la pantalla. Yo me entretuve en reconocer su sala de gimnasia. Doris me dijo que tuviera plena confianza en usted y para serle sincero, me encuentro aquí por la fuerza de las circunstancias, porque es necesario aclarar ciertos puntos, y ahora, creo que tal vez usted pueda hacerlo.

—Coronel Delbos, usted será una autoridad muy respetable, pero esto no le da permiso para forzar mi puerta.

—Nuestra intención era esperarle. Pero vimos la puerta abierta, y entramos. ¿Quiere hacerme un favor? Venga conmigo, y le enseñaré algo que tal vez le indique por qué empiezo a tener confianza en usted.

Marc Delbos atravesó la sala del gimnasio, seguido por Lark. Llegaron a la estancia de baños de vapor.

Tendido en la pileta vacía había un hombre. Vestía a la europea,

pero sus rasgos eran árabes. Tenía un lado del rostro machacado.

—Cuando llegué con *miss* Capring, quise cerciorarme que nadie nos había seguido, porque conceden vigilancia a mis actos. Nos quedamos un instante ocultos en el zaguán de la casa fronteriza, al otro lado de la calle. Vi venir un sujeto que debía estar provisto de una llave falsa, por cuanto abrió la puerta y se coló sospechosamente. No era usted. Dejé a *miss* Capring, y penetré tras el visitante cauteloso. He oído silbar eribas, y por eso la que me estaba destinada, fue a clavarse en la almohadilla del potro. Yo cogí una pesa, y la lancé. ¿Este hombre me seguía, o vino a clavarle a usted una eriba?

Arrodillado, Robert Lark palpó la sien intacta del caído. Se incorporó.

—A esta pregunta no nos podrá contestar este hombre, coronel. Está bien muerto.

—Es un chaouia, y esto es lo extraño, porque los chaouias obedecen a Hassi Denib el Hassent, un gran amigo mío.

—Entonces, no venía por usted.

—Por el instante, lo que urge es exponerle un asunto confidencial. ¿Puedo pedirle su palabra de honor de que conservará un estricto secreto lo que tengo que decirle?

Asintió Lark, y el coronel, prosiguió:

—Doris Jackson era agente de la OSS. No creo que se lo comunicara a usted.

—No. Pero si se lo hizo saber a usted, es porque le merecería plena confianza.

—Usted es americano, y por tanto contrario a los nazis. Voy a hacerle ciertas confidencias, rogándole vea si puede disipar la inquietud de *miss* Capring, que desea vengar a su amiga Doris, y está dispuesta a todo.

—Entonces, ahora que sé cómo entró usted, será preferible seguir la conversación delante de *miss* Capring, coronel.

Myrna Capring estaba secándose los ojos cuando entraron los dos hombres. Marc Delbos dijo con cierta solemnidad:

—Ni usted, Myrna, por amiga de Doris, ni usted, Lark, por hombre, cometerán imprudencias. Yo les diré lo que sé. Doris Jackson me dijo que, atendiendo instrucciones de la OSS, esperaba la llegada de un yate, del que sin saberlo *miss* Capring, figuraría ella

como propietaria. Este yate tendría una misión. No me la dijo Doris.

Myrna Capring exclamó:

—¡Lo que ella tuviera que hacer lo continuaré yo. Tengo que encontrar al que ordenó la muerte de Doris, ya que el balletero no era más que un instrumento.

Robert Lark hizo un gesto de impaciencia.

—Yo apreciaba mucho a Doris, y si hubiera sabido que era agente de la OSS habría tratado de protegerla. Nunca he sido partidario de que las mujeres se mezclen en los turbios manejos donde la vida peligra. Y usted, *miss* Capring, hágame caso; abandone Casablanca, y deje a otros el cuidado de vengar a Doris.

—Eso es —asintió el coronel Delbos—. Ya ahora el yate está vigilado. Y usted, Myrna, corre peligro.

—Yo vivía ajena a todo esto. Y emplearon mi nombre, exponiéndome a un percance mortal.

—Por eso mismo, ha llegado el momento de que usted abandone esta tierra. Yo puedo explicarle la razón de la presencia del *Neptuno*. Era indudable que apenas llegase, llamaría la atención. Y esto era lo que se pretendía. Llevar a quién por el *Neptuno* se interesase, al convencimiento de que serviría para algo. Y en realidad, el yate no servirá para nada. Estará anclado como señuelo, pero a usted pueden molestarla, *miss* Capring.

—Yo me quedaré. Nadie me hará desistir. ¡Irme ahora, cuando la pobre Doris...! Siga explicando, señor Lark. Necesito saber, y creo que tengo derecho a ello.

—El yate fingía esperar para llevar un cargamento y militares disidentes. El capitán Merryval así lo reveló a los alemanes, y estos vigilarán atentamente cuando se relacione con este yate. Pero la muerte del capitán Merryval no estaba prevista por la OSS ni por los alemanes.

—¿Qué cargamento llevaría la verdadera nave? —preguntó Delbos—. Me refiero a la nave que estará preparada en algún otro lugar.

—Explosivos y armamento de los polvorines de Tenaker y Sidi Marof.

—En cada uno de estos polvorines hay veinte hombres de la Gestapo vistiendo uniforme francés.

—Cada polvorín, llegado el momento, será atacado por treinta

gangsters.

—¿Gangsters? ¿Quién los recluta?

—Yo. Pero es labor lenta. Hay mucho elemento de la Gestapo infiltrado entre los señores del hampa. Si he sido tan explícito, es porque pienso que usted, coronel Delbos, es el hombre elegido para cooperar cuando llegue el momento del desembarco.

Marc Delbos dijo algo inesperado:

—Yo le puedo proporcionar elementos más eficaces que los propios pistoleros. No, no pueden ser soldados franceses; ya lo sé. Habría represalias. Pero existe un nido de cabezas calientes. Los desertores de los Bat d'Af y la Legión así como los de los disciplinarios. Son pléyade que ha ido a refugiarse en el Atlas Medio. Hassi Denib el Hassent mismo les da hospitalidad. Pero ahora, el balletero me hace dudar de Hassi Denib el Hassent. ¿Tendría usted inconveniente en acompañarme a un viaje que emprenderé mañana, Lark?

—Ninguno, si al final resulta algo práctico.

—Muy práctico. Le advierto que posiblemente alguien me seguirá, y esta vez no me interesa que comuniquen a Spirito dónde he ido. ¿Podría dormir aquí?

—Sí.

—No quiero que me vean venir a su gimnasio. En cuanto a *miss* Capring, usted puede escoltarla hasta su hotel.

—Yo me quedo, e iré con ustedes.

Robert Lark se inclinó para dar más fuerzas a sus palabras.

—Usted, *miss* Capring, es la consentida hija de un millonario, quien no le ha negado caprichos. Esto no es un juego. Hay en danza miles de vidas.

—La de Doris. Yo no tendría dignidad si me marchase. La OSS empleó mi nombre. Justo es que yo disponga de mi persona. Seré todo lo consentida que usted quiera, pero ahora hágame el favor de no menospreciar mi actitud. No hay solo curiosidad, sino el deseo de poder ir sabiendo que Doris ha sido plenamente vengada.

—Ya se lo comunicaré cuando el momento llegue.

—Usted podrá capitanear *gangsters*, Lark, pero no me hará desistir de mi propósito. Ahora lo sé todo, y soy un peligro. Podrían apresarme y obligarme a hablar. Yendo con ustedes, no corro este riesgo.

—Unos argumentos femeninos, pero lógicos, Lark —dijo el coronel.

—Repetidamente la OSS me ha querido imponer como ayudante a una mujer. Me he negado rotundamente.

—Myrna estará más segura con nosotros, Lark. Compréndalo. Mañana nos dirigiremos al territorio de Hassi Denib el Hassent. Y este nos proporcionará guías para que conduzcan a Myrna a otro puerto de embarque. Nada conseguiremos ahora negando lo evidente. Myrna está en peligro, desde el mismo instante en que se separe de nosotros. ¿Le cede su alcoba, Lark?

—Bien. La responsabilidad sobre usted, coronel.

—La acepto. Nosotros dormiremos en las colchonetas. Procure descansar, Myrna. Usted deseaba conocer la comarca de los chaouias, y la conocerá. Pero no tiene nada de viaje de placer.

En la sala del gimnasio, el coronel dijo en voz baja:

—Al no regresar el balletero, tal vez quien lo manda envíe a otro. ¿Sorteamos turno de guardia, Lark?

—Dormiríamos mejor si supiera cómo piensa usted viajar hasta las montañas, y salir de aquí en compañía de Myrna Capring sin llamar la atención.

—Hasta Ain-Serga viajaré en un camión militar. Usted procúrese un coche, y escolte a Myrna. En Ain-Serga el terreno es quebradizo y arenoso. Tendrán que emplear dromedarios. Provea a Myrna de una cámara fotográfica, y pretendan ambos ser periodistas en busca de un reportaje geográfico. Nos reuniremos en Ait-Said, que es el principio del territorio dominado por Hassi Denib el Hassent. Para que no sufra error o extravío, aquí le trazo un plano de la ruta a seguir y el emplazamiento exacto del lugar donde les esperaré. No podrían penetrar en los dominios de Hassi Denib el Hassent sin mi compañía.

Entregó el coronel un croquis al americano. Después hizo saltar una moneda de diez francos, y Robert Lark se tendió en una colchoneta después de quitarse la americana, y colocar al alcance de su mano la funda pistolera axilar.

El coronel Delbos comentó:

—Cuanto más pienso en ello, menos lo entiendo. ¿Quién enviará al balletero?

Ludwig Konzhofer, después de cenar en el Kasbahtadla, encaminóse con Martín Spirito a la suntuosa serie de habitaciones que ocupaban en el requisado hotel donde se alojaba la Comisión del Armisticio.

Al separarse ambos, el comisario dirigióse rectamente a su alcoba, mientras Konzhofer penetraba en el ascensor para subir a los áticos, donde estaban instaladas oficinas y laboratorios.

La salita particular en la que solía aislarse, parecía más bien un camarote. Pulsó un timbre, por tres veces. Y con marcialidad, pese a su uniforme blanco que le asemejaba a un médico o enfermero, entró un encorvado sujeto, de grandes gafas.

Era el especialista en tóxicos y narcóticos.

—Eran exactamente las once y media cuando deposité en la copa de Spirito la píldora que usted me entregó —dijo Konzhofer.

El químico examinó su cronómetro de pulsera. Dijo respetuosamente:

—Dentro de cinco minutos a lo sumo. Spirito dormirá profundamente, pero en consciente estado letárgico.

—¿Qué probabilidad existe de que hable con veracidad?

—Cuando le administre cinco miligramos de pentothal por vía endovenosa, su voluntad quedará anulada. El pentothal es el último triunfo de nuestros laboratorios, *herr* Konzhofer. Científicamente, opera de la siguiente manera: Desata las circunvoluciones.

—Administre el pentothal cuando sea oportuno, y lo más pronto posible. Comuníquelo. Aquí espero.

Se marchó el químico. Ludwig Konzhofer pulsó dos veces el timbre. El que apareció no tenía rigidez germana. Era un pulido individuo, de rostro anguloso y gestos deslizantes.

—Tenga preparado su equipo a punto de salir. Le daré la orden dentro de unos instantes. El coche-ambulancia.

En su alcoba, Martín Spirito dormía con todos los músculos relajados. Una expresión de completo reposo dulcificaba sus facciones finas y sarcásticas.

La droga de la verdad, el pentothal, corría ya por sus venas, pasando del plasma sanguíneo a la médula cerebral.

Ludwig Konzhofer hizo un gesto, y el químico abandonó la alcoba. El coronel de la Gestapo se sentó junto a la cabecera.

Sin la menor ironía, dijo:

—Es necesario que hablemos con entera franqueza, Spirito. ¿Me oye usted bien?

El lívido rostro apenas movió los labios, pero la voz salió clara y rotunda, contestando:

—Perfectamente, coronel. Me encuentro algo cansado, pero muy lúcido de mente.

—¿Quién mató al capitán Merryval?

—Bessif-Hamrit.

—¿Quién se lo ordenó? ¿Quién es Bessif-Hamrit?

—Es un chaouia balletero que bajó de las montañas. Pertenece a la cábila de Hassi Denib el Hassent.

—Que fue quien ordenó la muerte del capitán Merryval.

—No, mi querido Ludwig. Me es usted simpático, porque es terriblemente torpe. Nunca un cerebro alemán podrá rivalizar con uno francés. Yo fui quien me gané a Bessif-Hamrit. Este había cometido un delito. Había raptado la esposa de un compañero, y tuvo que huir porque, si le hubiesen apresado, Hassi Denib habría dictado la ley de mutilación pertinente, convirtiendo al pobre Bessif en un eunuco. Bessif fue detenido por un gendarme cuando intentaba meterse de polizón en un barco. Me lo trajeron, y confesó su miedo. Yo le aseguré protección, si cumplía lo que le ordenase. Y le prometí pasaje a bordo de buque que partiera para Sudamérica.

—¿Por qué ordenó usted la muerte del capitán Merryval?

—Está clarísimo. Merryval trabajaba para ustedes. Y yo, delante de sus propias narices, mi querido Ludwig, hice averiguaciones en busca del asesino para distraerle la atención. La muerte de Merryval suponía un yate sin capitán. Yo tengo uno en espera, muy apto. El que reunirá a los oficiales y jefes disidentes, que así podrán huir de Casablanca y unirse en Londres a las fuerzas del general De Gaulle. Usted sospechaba que el yate se cargaría con explosivos. En realidad, lo son, porque estos jefes y oficiales darán mucha guerra. Pero había dos inconvenientes: los agentes americanos. Son ingenuos, y se les ve de lejos. La señorita Doris Jackson hubiera sido al final un obstáculo, porque podría haber alertado su latente y continua sospecha de todo, mi querido Ludwig. Esta misma noche Bessif la ha enviado a mejor mundo.

—¿Dónde está Bessif?

—A media noche se introducirá en el gimnasio del americano

Robert Lark para clavarle otra espina de eriba. Y habrá terminado su misión.

—Deme los nombres del capitán marino y los oficiales y jefes que esperan la ocasión propicia para embarcar.

—Vaya anotando.

Martín Spirito fue diciendo nombres, mientras Konzhofer apuntaba en su libreta.

—¿Dónde se encuentran?

—Esto no lo sé. Todos disfrutaban de licencia temporal. No me extrañaría que se hubieran reunido en los dominios de Hassi Denib.

—Es la una y siete minutos. ¿Dónde está Bessif?

—Es extraño. Si no ha vuelto, debe haber fallado. Ya me parecía que ese americano era peligroso. Y todavía no sé si es agente americano. Pero sí sé que tenía demasiada ascendencia entre los *gangsters*. Convendrá suprimirlo, mi querido Ludwig.

Konzhofer se levantó, saliendo de la alcoba. Fuera le esperaba el químico.

—¿Podrá, al despertar, recordar? —preguntó.

—No, *herr* Konzhofer. Le administraré ahora un sedante. Se levantará con dolor de cabeza.

—Bebió mucho champaña. Dele el sedante.

De nuevo en su salita, Konzhofer pulsó dos veces un timbre. Apareció el individuo sinuoso.

—Diríjase al gimnasio del americano Lark. Tráigalo con vida. Es peligroso. Destruya su gimnasio, en forma violenta, y procure dejar muestras de que se trata de una *razzia* de alguna banda de *gangsters*.

—Podría usar las granadas de gas lacrimógeno, porque a Robert Lark es difícil cogerlo vivo. He oído hablar de él.

—Hágalo como quiera, pero dentro de media hora estará Lark en la celda número 8, con camisa de fuerza. Váyase.

Del garaje posterior del hotel salió una ambulancia francesa. Al volante iba el *gangster* al servicio de la Gestapo. En el compartimiento destinado a camilla y enfermeros iban otros tres *gangsters*, permanentemente al servicio de Ludwig Konzhofer...

Este, en su sala, con rostro severo, pensó, en voz alta:

—Se ha creído usted demasiado inteligente, mi querido Spirito. Pudo ser un eficaz servidor de Alemania. Pero ha firmado su propia sentencia de muerte. Y ahora seré yo el que íntimamente me ría de

usted, Spirito. Se han cambiado las tornas.

La ambulancia frenó suavemente al otro lado de la acera, frente al gimnasio. El del volante encendió un cigarrillo.

Por la ventanilla comunicante, uno de sus secuaces dijo:

—Fui a hacer unos asaltos de guantes al gimnasio de Lark. En la parte de atrás tiene un jardincillo que comunica por una galería encristalada con las duchas. Por ahí nos podemos colar sin ser oídos.

—Bueno. Tú coge las píldoras. Tú, Gene, dispara a las piernas, si es preciso. Tú, Jim, coge píldoras también. Vamos allá.

CAPÍTULO VII

Marc Delbos tocó en el hombro a Robert Lark, que instantáneamente se incorporó, sosteniendo en la diestra la automática.

—Buenos reflejos —dijo, en voz baja, el coronel... Vigile por allá —y señaló la galería encristalada.

Se encaminó hacia la puerta, en donde acababan de arañar en forma extraña. Se detuvo Delbos tras la cerrada puerta de cristales. Al repetirse el arañazo, abrió.

Dos siluetas oscuras se inclinaron, saludando con respeto. En árabe habló una de ellas:

—Cuatro hombres han descendido de coche blanco, y han saltado por el jardín posterior, mi señor.

—Id a cerrarles la retirada.

—¿Muerte, mi señor?

—Sí. A muerte, para que escarmienten.

El coronel Delbos cerró de nuevo la puerta. A paso medurado regresó junto a Robert Lark. Este con el mentón señaló el jardín, por el que, con muchas precauciones, avanzaban agachados cuatro hombres, dos de los cuales acababan de ayudar a bajar de la tapia a los otros dos.

—Vienen a rematar la faena que no pudo cumplir el balletero —anunció Delbos—. Mis dos asistentes, como siempre, son sombras de mis pasos. Estarán ahora anhelando cazar a los que huyen. Son salvajes, pero nobles, con instinto de cazador. Puedo darles gusto, Lark. Ese primero es Gene, el de Kansas. Un mal sujeto; drogas, trata de blancas, verdugo por afición. Forma parte de la guardia de pistoleros de Spirito y Konzhofers.

Robert Lark apuntó fríamente, y apretó el gatillo. La bala hizo saltar los cristales, y Gene, el de Kansas, se detuvo en seco.

Los otros tres retrocedieron al estampido, buscando protección tras los diminutos arbustos. Marc Delbos disparó.

Por encima de la tapia, con agilidad de simios, los dos árabes estaban tensando sus pequeñas ballestas.

—Han venido en un coche-ambulancia. Suelen con él apoderarse de quienes han de someter a torturas en las celdas especiales de la Gestapo. Estaban pensando...

Robert Lark oyó los silbidos de las flechas de eriba. Enfundó la pistola.

—Un coche-ambulancia es cómodo. Y muy conveniente ahora. Porque Spirito vendrá a recoger cinco cadáveres en el gimnasio, y no creo que le siente bien.

En el jardín, los cuatro *gangsters* que pensaban dar la sorpresa yacían exánimes. Los dos árabes habían desaparecido.

Myrna Capring trató de dominar el temblor nervioso de sus labios, al preguntar:

—¿Qué sucede, coronel?

—El camino es largo y la caravana lenta, Myrna. Se lo explicaré por el camino, así como todo lo pintoresco relacionado con los dominios de Hassi. ¿Vamos, Lark?

—¡Han matado a alguien! —empezó a decir ella.

—En evitación de que fuéramos nosotros los cadáveres, Myrna. Trate de no ponerse nerviosa. Vamos.

Abrió Delbos la puerta, añadiendo:

—Llevaré el volante —dijo Lark—. Puede la señorita instalarse atrás con usted, Delbos. ¿Hemos de llevar a sus criados?

—Mis asistentes, por favor. Sí, caben bien. Uno a su lado, que le señalará el camino a seguir para llegar a Ain-Serga.

—Excelente máquina —reconoció Lark, sentándose al volante y tras haber hecho roncar el motor—. ¿Hablas francés, amigo?

El impassible árabe dio una cabezada. Por la ventanilla, tras su nuca, oyó Lark la voz de Delbos:

—Ain-Serga.

Arrancó la ambulancia. Comentó Lark:

—Creo que ya mi gimnasio ha dejado de ser negocio.

—Y usted ha dejado de ser un ciudadano libre en Casablanca.

Myrna Capring estaba medio sentada en la camilla empotrada en uno de los lados de la furgoneta. El árabe, vuelto de espaldas, miraba por la ventanilla posterior.

Marc Delbos encendió su corta pipa.

—Estamos fuera de la ley. Lo que acaba de ocurrir es como una declaración de guerra a Konzhofer y a Spirito.

—Usted dijo que nadie le siguió cuando vino al gimnasio. Por lo tanto, Spirito no sabrá que... —repuso Lark.

—Ya no me importa —atajó Delbos—. Vamos a visitar a Hassi Denib, para entrar en acción. Ahora que confío plenamente en usted, Lark, llevaremos a cabo, en conjunto, la realización de nuestros planes.

El árabe sentado al lado de Lark iba tendiendo el brazo, señalando el camino a seguir. La ambulancia entró en una ancha pista bien asfaltada. Marc Delbos se reclinó contra el respaldo, junto a la mirilla abierta.

—Van a tener la suerte de conocer una región poco frecuentada por europeos. Las costumbres siguen siendo ancestrales, y Hassi Denib el Hassent es un clásico barón de horca y cuchillo. Su poder es absoluto. No obstante, ha estudiado en la Sorbona y en un colegio de Londres, y habla francés e inglés mejor que yo. Pero a los dieciocho años fue elegido por sucesión caíd de El-Hassent. Lleva treinta en el ejercicio de sus funciones, y es algo tiránico. No me agrada alabarme, pero puedo afirmar que tal vez sea yo el único europeo que cuenta con la completa amistad de Hassi Denib. Vive en un paraje maravilloso. Recuerda un poco el Shangri-La del novelista James Hilton, allá en la comarca que imaginó, donde la vida era apacible, aun dentro de las crueles pero justas leyes no contaminadas de la civilización. Si fueran ustedes periodistas, escribirían el reportaje más sensacional. Nos hemos olvidado de la cámara para *miss* Capring, que está apenada porque no lleva equipaje. Para que no se sorprendan demasiado, les iré anticipando lo que verán.

—Gracias, Marc —dijo Myrna agradecida—. Yo sé que habla usted así para aquietarme los nervios. Pero resultó escalofriante verles disparar a mansalva sobre...

—Ellos no merecían otro trato, Myrna. Olvídelo. Bien, les contaré los secretos íntimos de la existencia en El-Hassent y las azules montañas que rodean el valle del Aura Nítida.

Despierta, Myrna Capring escuchó la larga relación pintoresca, mientras la ambulancia devoraba kilómetros hacia Ain-Serga.

* * *

El despertador especial que Martín Spirito poseía, desgarnó

primero suaves compases melódicos. Después, los toques de clarín de una alegre marcha militar, y por último agudos silbidos.

Pesadamente tendió Spirito la diestra que, tanteando, halló el resorte que haría enmudecer el despertador. Se pasó la mano por la frente, y después por la nuca.

—Este champaña alemán... —murmuró—. Es pesado, indigesto, voluminoso como Ludwig.

Se levantó, caminando pesadamente hacia el lavabo. Del armario-botiquín sacó un frasco de magnesias, y bebió ansiosamente dos vasos de efervescente líquido.

Al apurar el segundo, cayó hacia atrás la manga de su pijama. Martín Spirito se quedó rígido, con el vaso en alto, y mirándose el antebrazo. Era muy meticuloso, y aquel puntito rojo en la vena le asqueó. Se frotó con colonia el pinchazo de la inyección de pentothal.

—Solo nos faltaba eso: chinches o mosquitos —masculló enojado—. Pediré a Ludwig que haga fumigar estas habitaciones. Las botas alemanas llevan parásitos.

Procedió a ducharse, afeitarse, acicalarse, y estrenó un traje azul, en cuyo ojal de solapa colocó una gardenia.

En el comedor le esperaba Ludwig Konzhofer, que era más madrugador.

—¿Durmió bien, mi querido Ludwig?

—Excelentemente.

Martín Spirito dedicó una mirada de reojo, mientras se sentaba, al de costumbre adusto coronel de la Gestapo.

—Habrás tenido felices sueños, porque le adivino, ¿cómo diría yo?, casi humano. Casi irónico, pero con una ironía algo sádica, así como la de un cocodrilo acechando a un bebé rollizo.

—Tiene usted una imaginación latina exuberante, Spirito. Y su cara tiene un color enfermizo.

—Demasiado champaña alemán. Es impetuoso, aplastante. Carece de la ligereza del champaña francés.

—La ligereza es cualidad de mariposas.

—¡*Sapristi!* Es el primer chiste que le oigo desde que le conozco, Konzhofer. ¿Irá mejorando su carácter en contacto con la degenerada y bizantina raza francesa?

El desayuno de Konzhofer consistía en cerveza, salchichas y col

agriada. Martín Spirito trataba de evitar el mirar el plato copioso, que iba disminuyendo a la acometida del buen apetito germánico.

—Ha habido novedades, Spirito.

—Deben ser buenas, a juzgar por su aspecto.

—En el gimnasio de Robert Lark dos agentes míos han encontrado los cadáveres de Gene y sus tres hombres. Había también el cadáver de un árabe.

—¿Y Robert Lark?

—Desapareció, así como la ambulancia.

—¡Este Lark merecería ser condecorado! Es hombre de recursos.

—La ambulancia ha quedado abandonada en Ain-Serga. Acaban de comunicármelo. Nos convendría hacer pesquisas allí.

—Me temo que, si ha ido hacia el sur, no podremos seguirle.

—¿Por qué?

—Son tierras de Hassi Denib el Hassent, y por convenio, el Gobierno francés deja libre a Hassi en sus dominios, que ocupan el Atlas Medio. En Ait-Said, poblados del sur de Ain-Serga, está el último campamento del ejército francés. Más allá, quien camine, es a su riesgo.

—¿Por qué cree que Lark habrá ido al sur?

—Porque al norte tropezaría con destacamentos franceses, que supongo estarán ya avisados para detenerle.

—Ya avisé.

—¿También a Ait-Said?

—Sí.

—Entonces, cuando quiera, nos pondremos en camino. Posiblemente, Robert Lark podrá explicarnos, sometido a hábil interrogatorio, en sus celdas especiales, las muertes del capitán Merryval y Doris Jackson.

—¿Doris Jackson? ¿Murió? No me lo dijo hasta ahora, Spirito.

—Me lo comunicaron al despertarme. Cuando quiera, mi querido Ludwig.

—¿Qué piensa hacer con Cliff Chambers, el piloto del *Neptuno*?

—Es ciudadano americano, y no ha incurrido en delito que podamos demostrar. Puedo dar la orden de dejarlo libre, salvo su parecer.

—Dé la orden. Yo terminaré de desayunar.

Martín Spirito se alejó, intranquilo. Percibía que Konzhofer

rebosaba de íntima satisfacción. Y no obstante, había perdido cuatro eficaces auxiliares aquella misma noche.

En el coche, y cuando el chófer hubo abandonado las calles de la ciudad, Martín Spirito, sentado al lado de Konzhofer, apuntó:

—Supongo que el cerco estará ya trazado alrededor del *gangster* que tuvo la osadía de llevarse una ambulancia oficial.

—Es de esperar que así sea. Y ahora, Spirito, ¿quiere explicarme lo referente a ese dominio independiente de Hassi Denib? Es algo que escapa a mi entendimiento. No puedo comprender cómo a un árabe se le permite tener su propio estado en región civilizada.

—Hassi Denib el Hassent es tal vez uno de los últimos monarcas de tipo feudal que existen en la moderna historia. Es descendiente de la más noble tribu tuareg. No hay una gota de sangre aria en sus venas, y, sin embargo, es el Führer de las Montañas Azules y tiene su palacio en el valle de Aura Nítida. Muy poético, mi querido Ludwig, pero poco ruidoso, sin puntos de semejanza con Tannhauser. Me agrada verle sonreír, aunque lo prefiero serio. Su sonrisa es helada y cortante como el filo de un bisturí, Konzhofer. Como nos quedan cuatro horas de carretera, le explicaré la historia de Hassi Denib el Hassent, remontándome al siglo V de nuestra era.

CAPÍTULO VIII

En el siglo V, una tribu nómada del Sahara remontó el desierto hasta acampar en la vertiente meridional del Djezel Shagro. Eran tuaregs rabiosamente celosos de su independencia, y volvían triunfantes de una *razzia* efectuada en tierras costeñas.

Habían reunido dos centenares de esclavos. El caíd de la tribu se llamaba Hassi-Sedra, y tras muchas correrías por las montañas cubiertas de azufaifo, cuyo azul era delicado y formaba como un tapiz sobre las rocas, eligió un valle como campamento.

Lo llamó El-Hassent, y sus descendientes recibieron todos como nombre el de Hassi el Hassent, intercalándose el que les diferenciaba y expresaba una cualidad.

Sedra quería decir obstinado, paciente, tenaz. Por espacio de veinte años, los esclavos trabajaron para crear murallas y palacios. Cuando morían, eran renovados por otros raptados.

Los siguientes sucesores de Sedra fueron perfeccionando la tarea emprendida por Sedra, imponiendo también a sus hijos tres obligaciones ineludibles; de no cumplirlas, sus propios mandatarios tenían que ejecutarlos.

La primera, escoger diez esposas y tener diez hijos. Cuando el mayor de los varones alcanzara la edad de quince años, con suficiente vigor e inteligencia, solo debía sobrevivir él y el que le siguiera en edad. Los demás serían ejecutados, para evitar luchas fratricidas. Las hembras podían vivir.

La segunda obligación era no tolerar que seres de otra raza pisasen el valle del Aura Nítida.

La tercera, que la muralla de las Montañas Azules llegase a formar cadena, cerrando por entero el acceso al valle.

A finales del siglo XIX, el padre de Denib había modificado las tres cláusulas testamentarias. La estirpe de los Hassi el Hassent no podía extinguirse, pero para ello bastaba que el caíd reinante tomara una sola esposa, repudiándola si era estéril.

No se fijaba número obligatorio de esposas ni de hijos, pero continuaba la costumbre de tener dos herederos varones.

En el recinto exterior podían albergarse europeos, siempre que aceptasen engrosar el poblado de la casta laboriosa. No tendrían acceso a los otros dos recintos.

Esta medida obedecía a imperativos de orden comercial. Los únicos europeos que se decidirían a albergarse en el recinto exterior de El-Hassent serían desertores franceses, aventureros.

Ellos servirían para vender en zocos los productos de artesanía chaouia y traerían provisiones útiles.

Cuando Denib cumplió los doce años, su padre aceptó por vez primera el ser visitado por el Milagrero Blanco, que así era llamado el pacificador general Lyautey.

Lyautey comprendió que era ventajoso para el ejército, francés de Marruecos adquirir un compromiso, mediante el cual se garantizaba que seguirían siendo respetadas las ancestrales costumbres de los chaouias, pero estos, a su vez, debían comprometerse a no efectuar más sus *razzias*. Aquellas repentinas apariciones en poblados al norte del desierto, para surtirse de esclavos y ganado. La metrópoli pagaría anualmente al jefe de los chaouias una cantidad en concepto de arras, con lo que podía adquirirse ganado y útiles.

Y fue el propio Lyautey el que, diplomáticamente, logró que el padre de Denib aceptara como mejora para su administración el que su hijo fuese a estudiar las costumbres blancas.

Hassi Denib pasó a estudiar a París, donde el carácter cosmopolita le acogió como uno más. Reservado, altivo y fiero, no aceptó amistades, pero tampoco se sintió nunca humillado.

Ingresó después en un colegio privado londinense, y allí devoró sombríamente humillaciones, porque la helada cortesía inglesa le hizo comprender que se le consideraba un salvaje de piel morena.

La muerte de su padre le hizo regresar a El-Hassent, y su primer acto fue extremar los rigores para con los «alegres» de raza inglesa.

Panorámicamente, los dominios de El-Hassent, vistos desde el aire, formaban tres anillos achatados. El primer anillo era la muralla exterior, edificada en el siglo V.

Entre esta muralla y la segunda concéntrica, se alojaban los esclavos, mujeres estériles y ancianos sin fuerzas físicas ni luces cerebrales.

Entre la segunda muralla y la tercera, se erigían las tiendas de

los camelleros y los guerreros.

Y la tercera, más reducida, encerraba el valle, recinto personal de Hassi Denib, con sus palacetes, los mandatarios y consejeros, las vírgenes y los guerreros selectos.

En el valle fulgía el lago como gigantesca gema azul. El tesoro de El-Hassent era aquel lago, con sus dos ríos que surcaban las Montañas Azules, brotando los manantiales dentro del recinto amurallado.

La llegada de los «alegres» a El-Hassent durante el reinado del padre de Denib había sido pintoresca. Un destacamento disciplinario establecido en Bu-el-Djad tenía por misión construir una carretera que uniera esa población con otro poblado más al sur.

Componían el destacamento de trabajadores treinta *pégriots*, que así eran llamados los que, por cualquier motivo, infringían la dura disciplina de los Bat d'Af.

Vigilados por diez tiradores argelinos, manejaban pico y pala, bajo la severa mirada de tres sargentos.

Los sargentos destinados a meter en cintura a los díscolos aventureros de uniforme, eran seleccionados con cuidado. Sin exageración, podían considerarse verdugos. Y lo son, porque entre aquella fauna de valentones es necesario mantener el prestigio de duro.

Uno de los sargentos era llamado la Gran Marcela. Le llamaban así porque era joven, bajito, esbelto, de cara afeminada y su nombre era Marcelo.

Siempre atildado, parecía un cromo. Pero era una bestia canalla. Entre otras especialidades tenía la de embromar.

El destacamento de treinta «alegres» estaba castigado. Y las canalladas del sargento Marcelo no llegaban a oídos de los superiores, porque los propios «alegres» preferían guardar silencio, por dos razones: porque un cordero, hombre que delata, no es un hombre, y segundo, porque más tarde hubiesen pagado cruelmente el haber explicado las bromas del sargento Marcelo.

El pico y la pala abrían mucho el apetito. Pero estaban castigados y la ración de uno servía para cuatro.

Cuando habían tragado la escudilla y sentían que el estómago les pedía más comida, aparecía el sargento Marcelo, para darse el gran banquete ante los propios hambrientos.

Pero no se limitaba a comer con finura y apetito sino que decía:
—¡Qué salchichas más rollizas! ¡Hijos míos, qué bueno es comer cuando se tiene hambre!

Miraba a uno de los castigados.

—¿Quieres esta corteza de queso?

Ávidamente, replicaba el otro:

—¡Oh, sí, mi sargento!

Tendía la mano, y entonces el sargento tiraba la corteza al perro que siempre le acompañaba. Después encendía un cigarrillo y pasaba por delante de la fila echándoles a todos bocanadas de humo en la cara.

Si alguno rechistaba, el sargento Marcelo, empuñan de la verga de toro, que cuando aparecía algún oficial era escondida, ordenaba:

—¡Paso ligero, granujas!

Les hacía correr durante una hora, en círculos, incesantemente. Pero la broma favorita del sargento Marcelo era la sopa de sal.

La daba a los novatos, y había perfeccionado el truco. Era preciso que el hambriento no se diera cuenta de ello a la primera cucharada, porque así cobraba confianza.

La sopa, por encima, estaba buena, y los terrones de sal estaban en el fondo de la escudilla, puestos segundos antes de entregar la sopa al embromado.

Cuando ya se había desencadenado el apetito del hambriento, la sal se diluía.

Poco después, clamaba el sediento:

—¡Tirador! Un poco de agua. ¡Por piedad, sé bueno con el blanco!

—«Mi», la consigna; «mi» tener que buscar al jefe.

Acudía el petimetre Marcelo. Y por toda respuesta tendía la verga de toro al que se moría de sed.

—¡Moisés! —gritaba burlón—. ¡Moisés! ¡Haz salir agua de este bastón de jefe!

Esperaba un instante y añadía:

—Ya lo ves, hijo mío. Moisés se está afeitando, y no puede venir. Mañana le citaré.

Por la noche, tendidos en la misma zanja que iban abriendo, dormían profundamente. Pero uno de ellos, de veinte años, llamado Fernán, no dormía. Pensaba que si la Gran Marcela le volvía a dar

un vergajazo, seguramente ocurriría una desgracia.

Los tiradores le acribillarían, pero él terminaría con el abyecto verdugo.

En el fondo, ningún «alegre» odiaba a los tiradores. Sabían que el espíritu del tirador centinela no estaba predispuesto al discernimiento. Aquellos árabes obedecían ciegamente a las consignas, y se abusaba de la simplicidad de sus caracteres crueles sin maldad.

Por la mañana, Fernán dejó caer el pico y, extenuado, se apoyó contra el borde de la zanja que después sería rellenada con piedras para formar un piso sólido.

Marcelo se aproximó con sonrisa encandilada, prometiéndose diversión.

—Entonces, ¿no quieres trabajar, hijo mío?

—Estoy malo, sargento. Tengo fiebre.

—Lo que tienes son ganas de jarana. Sígueme, bribón.

El sargento se encaminó diez pasos más allá, fuera de la zanja, a pleno sol. Trazó en la arena un círculo pequeño.

—Ponte dentro de este círculo.

Fernán obedeció. El sargento le arrebató de un manotazo el kepis con que se resguardaba del sol quemante.

De un puntapié lo lanzó lejos. Llamo a un tirador.

—¿Ves a este granuja?

—Sí, mi sargento. «Mi» ver.

—Pues en cuanto se salga del círculo o se mueva, lo tumbas a tiros.

El tirador montó la guardia a cinco pasos. Este suplicio, inventado por el sargento Marcelo, daba excelentes resultados. A la hora el atormentado caía redondo, bañado en escalofríos. Solía terminar loco.

Otras veces duraba menos el castigo, porque el «alegre» se moría. Se abría sumario después de la muerte, y el sargento Marcelo obtenía las firmas de todos al declarar:

—El castigado fue muerto al intentar evadirse.

Pero Fernán, a medida que el sol le calentaba el cráneo, también sentía que la sangre le bullía.

De vez en cuando, el sargento Marcelo se acercaba, y a dos pasos de distancia del hombre en pie en el círculo desenroscaba su

cantimplora y bebía un traguito, chascando la lengua con deleite.

A la segunda vez, mientras bebía, Fernán le saltó al cuello, y metiéndole una rodilla en el estómago lo derribó.

Le hizo con rapidez de felino rabioso. Cuando el tirador iba a apuntar, ya Fernán había soltado al estrangulado sargento y se lanzaba sobre el argelino.

El fusil disparó, pero el cañón estaba junto al pecho del argelino. Y lo que siguió enardeció a los demás «alegres».

Fernán, con el fusil arrebatado al argelino, empezó a disparar frenéticamente contra los demás tiradores.

Los «alegres» abandonaron la zanja, con palas y picos, enardecidos por los gritos de Fernán, que clamaba, sin cesar de disparar:

—¡A la bayoneta, «alegres»! ¡Destripad! ¡Matad a estos verdugos!

Diez minutos después, en la zanja eran arrojados los cadáveres de los tres sargentos, los diez tiradores y doce «alegres» que habían muerto en el breve combate sangriento y encarnizado.

Fueron enterrando, arrojando piedras, arena y tierra. Después se sentaron en círculo los dieciocho supervivientes.

Miraron todos hacia Fernán, que se curaba dos heridas. Y el español resumió el pensar común:

—Si volvemos, consejo de guerra y fusilados. Mañana viene la inspección. Yo ya me he decidido.

Tendió el brazo rectamente hacia una cadena de montañas de color azul que se recortaban, al sur.

—¡Estás loco! —rezongó un rumano—. ¡Allí no pisa un europeo! Los someten a torturas horribles. Y además, nosotros, por ser «alegres» de los Bat d'Af, todavía seremos peor recibidos.

—Algún europeo tiene que romper la tradición —dijo Fernán—. ¡Desenterrad! —exclamó de pronto.

—Vaya. Te dio el sol en la calabaza, muchacho.

—Es nuestra última esperanza.

—¡Echadle agua en la sesera! —rio, bestialmente, el rumano.

Fernán se abalanzó y, en lucha cuerpo a cuerpo, derribó al rumano, quitándole el sentido con certeros puñetazos.

Se incorporó.

—Ahora mando yo. ¿Alguien lo duda? —preguntó con el dedo

en el gatillo de la pistola que había arrebatado a la Gran Marcela.

—Bueno. ¿Y qué mandas, jefe? —ironizó otro.

—Si desenterramos los trece fiambres, dejando descansar a los nuestros, y los colocamos a lomos de los camellos, tenemos una probabilidad. Somos rebeldes. Los Mantos Azules de la montaña son nuestra última esperanza. ¿Qué preferís? ¿Morir de sed por el desierto o ser fusilados? El que tenga reaños, que me siga. Yo me llevo a Marcelo.

Cuando el camello quedó cargado y atado el cadáver del sargento Marcelo, Fernán montó, y desde la giba de su cabalgadura miró a los remisos «alegres».

—Adiós, «alegres». Os creía más decididos. Adiós.

Partió al trote hacia la línea montañosa. Media hora después, tras él galopaban en fila los restantes «alegres», montados de dos en dos, y llevando en cada camello un cadáver uniformado.

El padre de Denib atravesó las dos murallas y vino personalmente a observar aquel extraño espectáculo desde la almena de la tercera muralla exterior.

Dieciocho hombres vestidos solo con un pantalón bombacho blanco y un kepis permanecían quietos. Tras ellos, trece camellos con trece cadáveres.

Uno de los dieciocho se destacó. Era Fernán. Tocóse el pecho, y tras saludar hacia la erguida figura de la almena, habló lentamente en chieu:

—Hemos matado. No queremos ser europeos. Pedimos albergue en tu reino. Traemos armas, y vuestras son. Podéis matarnos, pero, como dice el viejo y astuto camellero, ¿de qué sirven los hombres fuertes, si están muertos? Somos dieciocho hombres fuertes con vida, y que podemos enseñar el manejo de las armas. Podemos robar estos fusiles europeos que disparan muchas balas, una tras otra.

Retrocedió y pasaron minutos largos, tensos, inquietantes. Por fin se abrió la ancha puerta de madera con hierros.

Un chaouia viejo, cubierto con el característico manto azul, apareció.

—Permaneceréis en el recinto de la casta laboriosa. Un caíd os mandará. La ley de El-Hassent será vuestra ley.

Cortar leña, llenar los aljibes, amasar pan, arar, fueron los

primeros trabajos a que se dedicaron los «alegres». Fernán fue llamado al segundo recinto.

Podía irse con tres compañeros. Pero debía regresar con cuatro fusiles de los que disparaban sin cesar. Tenía dos meses de tiempo. Transcurrido este plazo sin haber regresado Fernán y los otros tres, los restantes catorce morirían en los siete días siguientes.

Fernán regresó al mes y medio con otros veinte desertores y diez ametralladoras. El padre de Denib había muerto ya, y era Hassi Denib el que reinaba.

Un año después había ciento doce «alegres» en el tercer recinto. Fernán había montado unas tiendas, donde se vendían productos europeos.

Cinco años después, Fernán iba periódicamente a visitar a Hassi Denib, que gustaba de conversar con él.

Y llegó a convertirse en amigo y consejero del muy poderoso Hassi Denib.

Tenía cincuenta años, pero se conservaba fuerte y juvenil, cuando la ambulancia conducida por Robert Lark se detuvo en Ain-Serga.

CAPÍTULO IX

Ain-Serga era el último poblado de la llanura. Estaba en las estribaciones de las Montañas Azules.

Al detenerse la ambulancia en las afueras, atravesando el poblado, Robert Lark señaló unos alambres que se tendían de poste a poste.

—Telégrafo —dijo, al parecer innecesariamente—. A estas horas, Spirito habrá ya alertado todos los destacamentos. Es, pues, conveniente dividirnos en dos grupos. Usted, Delbos, con ella y sus dos asistentes. Yo, por otro lado.

—Usted forma un grupo independiente, ¿no?

—Al menos, yo seré el hombre que buscan, porque no tendrá Spirito noticias de que viajen ustedes en la ambulancia. Por lo tanto, nos encontraremos más allá de Ait-Said, puesto que para conocer a esos famosos «alegres» necesito que usted me abra la puerta del recinto de El-Hassent.

—Sin ínfulas de coronel —dijo Marc Delbos—, y aceptando que su oferta es valiente, prefiero hacerle comprender que, a partir de ahora, las órdenes que pueda haber dado Spirito las puedo desacreditar.

—No nos conviene. Usted sigue siendo el coronel Delbos.

—Precisamente por eso no consentiré que usted vaya a la muerte. Y sé lo que me digo. Si los destacamentos han recibido orden de capturarlo, lo harán. Dispararán primero, y después le interrogarán. ¿No me eligieron los americanos por mi prestigio? Déjeme la vanidad de demostrarle que lo tengo.

—La orden que tengo es de no comprometer su reputación. Usted, si aparecieran soldados a detenerme, y no lo consintiera, ya no sería el honesto santón Delbos, sino un rebelde que protegió a un ladrón de ambulancias, por añadidura *gangster*.

—Exacto —dijo Myrna Capring—. También el señor Lark defiende su prestigio. Quiere demostrarnos que puede burlar, él solo, a escuadrones de *spahis*. No hay ironía, señor Lark. Yo, en su lugar, y si fuera hombre, me portaría como usted.

—Bien. Alá decidirá.

—Y esta —dijo Lark, dándose un toque en el sobaco. Informó Delbos del lugar donde se reunirían. Robert Lark siguió con la mirada el grupo que se alejaba hacia un abrevadero donde, sentados y con su peculiar arrogancia, había una fila de dromedarios.

Myrna Capring, colocada en la montura delante del coronel Delbos mientras los dos asistentes montaban sendos dromedarios, comentó:

—Mi compatriota no puede ser solamente una máquina de matar, ¿verdad, Marc?

—Yo creo que cada balazo que dispara salva muchas vidas, Myrna. Si no fuese coronel, me gustaría ser agente secreto.

Cuando Robert Lark se acercó al abrevadero, un árabe avanzó y con una reverencia le tendió las bridas de un dromedario, diciendo en francés gutural:

—Sidi Delbos escoger para ti mejor caballo desierto. No pinches sino oreja derecha. Correrá más, no pegues. El amigo de Sidi Delbos tiene fortuna de amistad. La estrella grande te acompañe.

Era la primera vez que Robert Lark montaba en dromedario. Creía que eran animales torpes y lentos. Se dio cuenta que estaba en un error, cuando desde la alta montura vio cómo desfilaba el suelo en pendiente que remontaba las estribaciones montañosas.

Admiró el instinto con que el dromedario elegía un camino en zigzag, para evitarse rampas pronunciadas.

Divisó a lo lejos un grupo de jinetes bereberes, al frente de los cuales iba uno cuya capa roja, empujada por el viento de la carrera, semejaba ala carmesí.

Un *spahi*. Era un oficial que cinco minutos antes había surgido ante el grupo formado por Marc Delbos, Myrna Capring y los dos árabes.

Había saltado al suelo, y, cuadrándose, expuso:

—Bienvenido, mi coronel. Hay la novedad de que hemos recibido orden de Casablanca de capturar a un *gangster* americano que, tras matar a cinco hombres, ha robado una ambulancia. Ha sido vista la ambulancia entrando en Ain-Serga.

—Usted, teniente, que es el comandante en jefe del puesto de Ait-Said, habrá destacado más jinetes, ¿no?

—Otros dos grupos, hacia el norte y este. Yo me dirijo al oeste, salvo su orden, mi coronel.

—Pruebe suerte también hacia el norte, teniente. Hasta la vista.

Por eso Robert Lark llegó sin contratiempos al lugar indicado por Marc Delbos. La pequeña caravana siguió remontando en marcha más lenta. Se divisaban ya las primeras murallas.

Cuando penetraron en el primer recinto y se protegieron del sol bajo la lona de una tienda, dijo Myrna Capring:

—No se diferencia lo que veo de un zoco árabe, Marc.

—En efecto. ¿Quiere venir conmigo, Lark? Volvemos pronto, Myrna. Tiene donde asearse.

Salieron ambos de la tienda. Un individuo vestido con túnica azul, alto, cenceño, se acercaba.

—Fernán —murmuró Delbos.

Fernán, al llegar a la altura de los dos hombres, se puso firme. Saludó llevándose la diestra abierta al borde del turbante, en el saludo militar francés.

—A la orden, mi coronel.

—Buenos días, Fernán. Ya le tengo dicho que yo no puedo saber que usted es el desertor «alegre», sino un buen amigo.

—Pero usted es el único militar francés al que respeto sinceramente, mi coronel. Al igual que todos mis compañeros.

—Algo acerca de sus compañeros quería hablarle. Permítame presentarle a Robert Lark, un jovial caballero americano; hombre de acción. Tiene una misión por cumplir, y me agradecería contar con su ayuda, Fernán.

—Usted sabe que, menos volver a la podrida civilización, haré lo que quiera, mi coronel.

—Entre sus compañeros, no todos estarán dispuestos como usted a envejecer juvenilmente entre estas murallas. Si yo le diera ahora mi palabra de que mañana o cuando sea, los que ayuden a mi amigo Lark serán indultados y podrán volver a sus pueblos natales, ¿cuántos habría que aceptaran con agrado?

El español sonrió, diciendo:

—La juventud es mala consejera, mi coronel. Estoy seguro de que por lo menos unos cuarenta «alegres» están ansiosos de beber cerveza en las terrazas de sus pueblos. Siguen aquí porque no les queda más remedio. ¿Y de qué se trataría, mi coronel?

—Asaltar dos polvorines, apoderarse de los explosivos y armas, y cargarlos a bordo de un buque. Escoltar a jefes y oficiales que desean escapar del yugo alemán y unirse al general De Gaulle. Los compañeros suyos que intervengan en esta operación, sin uniforme, serán indultados, cuando en Casablanca ondee de nuevo el pabellón libre de Francia.

—Cuente conmigo, mi coronel. Yo también iré y volveré. No quiero perderme esta ocasión. Pero sin indulto, mi coronel. El indulto me lo di yo, y no abandonaré nunca El-Hassent. Aquí se vive pacíficamente y de acuerdo con leyes sensatas. Hassi Denib el Hassent ruega a su dilecto amigo Sidi Delbos venga a beber el té aromático de la amistad, que es el único sentimiento real que compensa la existencia —y el tono de Fernán iba siendo solemne—. Hassi Denib el Hassent suplica a su dilecto amigo Sidi Delbos se digne presentarle a los dos blancos que han merecido el honor de que Sidi Delbos los traiga a El-Hassent. Hassi Denib el Hassent envía un cofre de túnicas y gasas para que la extranjera pueda penetrar en el valle sin desdoro para los antepasados de Hassi Denib.

—Presente mis anticipados respetos a mi dilecto protector Hassi Denib. Cuando la extranjera se haya quitado el polvo del camino y las ropas impúdicas, iré a presentarle mis amigos.

Se alejó Fernán después de un saludo bereber, Robert Lark murmuró:

—Oiga, pellízqueme. Estamos en el siglo XX, ¿no? ¿O es que me he metido en un teatro de opereta?

—Le rogaré que olvide su sentido yanqui de las cosas, Lark.

—De acuerdo. Pero eso de llamar impúdicas las ropas femeninas que con tanto encanto luces Myrna...

—La falda corta ofende los ojos de los chaouias. Bien; ahora conocerán a Hassi Denib. Vale la pena.

Un cofre abierto era examinado con curiosidad por Myrna Capring. Lo acaban de traer dos silenciosos chaouias.

—Debe disfrazarse, Myrna —dijo Lark—. Así lo exige el protocolo.

—Y vendarse ambos los ojos —añadió Delbos—. También es protocolo. Solo les quitarán la venda cuando estén en la sala de recepción de Hassi Denib. Yo le elegiré la ropa, porque presumo,

Myrna, que nunca ha vestido usted estas galas chaouias.

Cuando Myrna Capring apareció con babuchas de tafilete rojo, largos y anchos pantalones de gasa, un corselete de tela plateada, un chaleco rojo y una corta túnica azul, Robert Lark pestañeó.

—Está usted preciosa, Myrna —dijo Delbos—. Una estampa arrancada del libro de Las mil y una noches.

—¿Opina usted lo mismo, Lark? Estoy nerviosa.

—Está usted deliciosa. Va a dar el flechazo a Hassi Denib.

* * *

Hassi Denib, sentado sobre almohadones, en la vasta estancia donde el frescor era aromático, se alisó con el dedo medio la corta barba negra.

Era majestuoso, y su rostro moreno de ojos brillantes recordaba el perfil de un ave de presa.

—Es bonita la extranjera, Fernán —dijo en francés—. Tiene la tez de rosa y los ojos de cielo. Pero no es sumisa. Anda con orgullo y me recuerda las inglesas cuando, hace muchos años, decían que yo era hermoso, pero que mi piel olía a camello, sudor y pólvora.

—Es americana, señor.

—Raza sajona.

Un *gong* sonó. Fernán se puso en pie. Marc Delbos, con los ojos descubiertos, sostenía por el brazo a Robert Lark y Myrna, que con los ojos vendados avanzaban lentamente.

Les quitó la venda, y parpadeando miró ella la estancia: Surtidores en las ventanas elevaban su columnita líquida entre flores colgantes. Se divisaba un paisaje que parecía un cuadro de pintor que quisiera plasmar una tierra de encanto, soñada...

Hassi Denib se puso en pie, y avanzó. Colocó sus manos sobre los hombros de Marc Delbos y le besó en la mejilla.

—Mi corazón se alegra al volver a verte, Sidi Delbos —dijo, en árabe—. Tú mismo elige asientos para tus amigos.

Hassi Denib, ataviado con su túnica azul, con cinto de plata sosteniendo una gumía corva de empuñadura con piedrecitas preciosas, habló ahora en francés, mirando a Robert Lark.

—Bienvenido, señor.

Por último, miró fugazmente a la americana. Habló en inglés:

—Bienvenida, mujer. Debes perdonar que mi ley me exija ser

desdeñoso con la que, como tú, representa la raza inútil, que solo sirve para dar hijos. Son muchos los años en que no he hablado con una europea, y tu presencia suscita recuerdos antiguos. Eres la viva imagen de otras mujeres que en Londres me pidieron la receta del té árabe y me preguntaban cuántas esposas tenía.

Desconcertada, Myrna Capring atendió la señal de Marc Delbos, que casi la obligó a sentarse en mullidos almohadones extendidos en profusión ante los más elevados en que se sentó Hassi Denib.

—Mi dilecto amigo Sidi Delbos ha confiado a Fernán un propósito guerrero, al que he dado mi aprobación, como ya di consentimiento a que se refugiaran en el segundo recinto los uniformes con galones que no quieren amistad con la raza alemana. Confío en que nuestra amistad no se enturbiará, Sidi Delbos, si te anuncio que cometiste una ligera imprudencia.

—¿Cuál, Hassi Denib?

—Traer a esta mujer. Ha evocado en mí recuerdos poco gratos. Representa la orgullosa raza que me despreció, cuando los desdeñosos duelen más hondo porque el corazón es tierno y las marcas ahondan. Esta mujer es bonita... y he decidido que pertenezca a mi *baroud*.

Marc Delbos contrajo las mandíbulas, y su voz tembló levemente al replicar:

—¡Es imposible, Hassi-Denib!

Un destello cruel apareció en los ojos de Hassi Denib el Hassent, al repetir:

—He decidido que pertenezca a mi *baroud*.

CAPÍTULO X

—... Y el *baroud* de los chaouias herederos del primer El-Hassent, equivale al harén turco. Es un hombre desgraciado el esposo de una sola mujer. Por eso, con muy buen acuerdo, Hassi Denib, pese a su educación europea, ha seguido la tradición, y en su *baroud* hay princesas senegalesas, nobles de Mauritania, tímidas vírgenes egipcias. Las ordena raptar, o las consigue por matrimonio. Parece ser que cuenta alrededor de doce esposas. ¿Qué le parece, mi querido Ludwig?

—Que ya hemos llegado, y hemos de actuar.

Descendió el coche. Estaban en Ain-Serga, y el chófer había detenido el coche junto a la abandonada ambulancia, custodiada por cuatro soldados *spahis*.

El teniente saludó a Martín Spirito, y preguntando, informó:

—Las huellas del mehari montado por el americano se detienen en el último sendero que conduce a El-Hassent. Se refugió allí. No le pudimos atrapar porque el coronel Delbos me ordenó siguiese la ruta norte, y así el americano pudo seguir tranquilamente por el camino de oeste, que yo pensaba tomar. El coronel Delbos iba acompañado de una señorita rubia, de tipo netamente inglés.

—Gracias, teniente. Hizo usted lo que pudo —dijo Spirito.

Ludwig Konzhofer siguió al comisario, que se apartó unos pasos.

—Podemos regresar a Casablanca, Konzhofer.

—No. Iremos a El-Hassent.

—Perdón. Creo haber oído mal. ¿Dijo usted?

—Me oyó perfectamente. Iremos a El-Hassent.

—Ningún blanco, y en esta categoría también están comprendidos los alemanes, puede entrar en El-Hassent, a menos de ser «alegre» o ser el coronel Delbos.

—Eso es absurdo. Que este teniente con sus soldados nos acompañen. No vamos a tener en cuenta una debilidad de la administración colonial francesa, que tolera un reino de salvajes.

—Perdón, perdón. Precisamente por esta tolerancia los chaouias no son salvajes y dejan en paz los destacamentos franceses. Cuando

las «Panzern Divisionen» del Tercer Reich invadan, mejor dicho, visiten el Marruecos francés, entonces muy libres serán los tanques y aviones de intentar convertir a los chaouias en nazis, pero por ahora...

—Por ahora, obedézcame, Spirito. Iremos a El-Hassent.

—Bien. Al menos hasta el pie de la muralla sí podremos llegar.

Cuando el grupo de *spahis* se detuvo a cien metros de la muralla, Ludwig Konzhofer avanzó con paso firme, seguido por Spirito.

Abrióse la puerta.

—¿Ve usted, Spirito? —empezó a decir Konzhofer.

—Perfectamente. Lo que esperaba.

Una fila de diez ametralladoras, tras las que se sentaban de dos en dos los «alegres», fue lo que mostró la puerta abierta.

Fernán se aproximó. Habló con dureza:

—Francia ha firmado un documento que dice que los soldados franceses no hollarán la tierra de El-Hassent.

—De acuerdo, amigo —sonrió Spirito—. Pero el caballero que me acompaña se llama Ludwig Konzhofer. Y no añadido más.

Ludwig Konzhofer habló con la misma dureza que Fernán:

—Entre estos muros se han refugiado dos personas cuya entrega exijo en nombre del ejército francés. Pido la inmediata entrega del coronel Marc Delbos y del *gangster* Robert Lark.

Fernán, hasta entonces impassible, guiñó un ojo, y con acento zumbón, replicó:

—Comisario, dígame a este mastodonte que quien se refugia en El-Hassent nunca es devuelto. Y que se largue pronto, porque mis compañeros tienen un ansia loca de darle gusto al dedo. ¡Eh, mi teniente! ¡Mande media vuelta y a galope! Ha infringido usted la disciplina, y esto nos escandaliza.

Oyéronse carcajadas entre los que ocupaban el sillín de las ametralladoras.

El teniente *spahi* miró a Spirito, que hizo una señal elocuente. Ludwig Konzhofer crispó los puños.

—Quedan advertidos los de El-Hassent. Si dentro de veinticuatro horas no son entregados el coronel Delbos y Robert Lark, aviones de bombardeo harán...

—¡A los pies, muchachos! —gritó Fernán—. ¡Ayudadles a correr!

La retirada de Ludwig Konzhofer fue poco airosa. Ya Martín

Spirito se encontraba al amparo del declive del terreno.

Las balas levantaron nubes de polvo alrededor de las piernas de Konzhofer, que recuperó el normal resuello, pendiente abajo, para decir, rabiosamente:

—Esta humillación solo podía producirse en tierras sin disciplina. Llegando a Ain-Serga, dará usted telegráficamente orden de que los tres aviones del aeródromo número 7 levanten el vuelo.

En Ait-Said, en el puesto telegráfico, Ludwig Konzhofer miró a Martín Spirito.

—¿A qué aguarda?

—A que usted recupere el sentido común, mi querido Ludwig. Bombardear El-Hassent equivale a levantar en armas a todas las cábilas. ¿No lo comprende?

—¡Telegrafíe!

—No tengo suficiente autoridad para esto. Hay que consultar al Estado mayor francés.

—¿Teme usted por sus amigos los jefes y oficiales refugiados en El-Hassent? Cartas boca arriba, Spirito. Y no cometa nuevas imprudencias, porque terminaré con usted.

En la diestra de Konzhofer acababa de aparecer la pistola que sacó de su bolsillo, encañonando al comisario.

—Vamos, vamos, Ludwig, no sea usted teutón. No vea fantasmas. ¿De qué amigos me habla?

—Esta noche le dimos pentothal. Una droga que hace decir la verdad. Y es la primera vez que usted ha sido sincero.

—Me quita usted un gran peso de encima. Me creí que era un chinche el que me había picado. La limpieza francesa quedaba en entredicho. Ahora, ya sé que...

—Ha cesado el juego, Spirito. Ya no me sirve usted para nada. Será relevado, y responderá ante un tribunal por traidor. Adelante las muñecas, y póngase usted mismo las esposas.

Martín Spirito sonrió cínicamente.

—Cabe un arreglo, Ludwig.

—Un traidor, doblemente como lo es usted, debe morir.

—Una frase bonita. Reconoce, pues, que por haberle servido para cubrir las apariencias, soy un traidor.

Disparó primero Konzhofer porque, alerta, vio que, en vez de esposas, Martín Spirito extraía su pistola. Apretó tres veces el

gatillo.

De la diestra del corso cayó el arma. Sus ojos se velaron, y fue desplomándose lentamente.

Ludwig Konzhofer vació el resto del cargador en el cuerpo inerte del comisario.

Se sentó ante la emisora telegráfica, y cuando apoyaba el índice en el manipulador, giróse, pero tardíamente...

Desde el suelo, y en estertores finales, Martín Spirito, que había cogido de nuevo su arma, disparaba, espasmódicamente.

Levantóse Konzhofer, llevándose las manos a la frente y a la garganta perforadas.

Cayó pesadamente de bruces, casi rozando a Martín Spirito, que en el último soplo de vida, murmuró:

—En el infierno... seguiremos... engañándonos... mi querido Ludwig.

CAPÍTULO XI

—El *baroud* es el harén donde Hassi Denib es recibido por sus diversas esposas, que viven juntas y en buena armonía —explicó Marc Delbos.

Sonrojada por la indignación y trémula, Myrna Capring iba a hablar, cuando se detuvo ante el gesto autoritario de Robert Lark, que poniéndose en pie, replicó adustamente:

—Usted ha olvidado algo muy importante, Hassi Denib. Y como no es su culpa si lo ha olvidado, porque a lo mejor lo ignoraba, tengo que hacerle saber que la mujer a la cual acaba de ofender es mi esposa.

El ademán de Hassi Denib fue indefinible. Tanto podía significar que la declaración de Robert Lark no variaba en lo más mínimo la situación, como que era un imprevisto contratiempo.

Marc Delbos dijo algo inesperado también:

—Su actitud es espléndida, Lark, pero desplazada. ¿Me permiten hablar a solas con Hassi Denib? —y, dirigiéndose al caído—: ¿Me concede Hassi Denib el honor de pasear por la galería de los mirtos?

Hassi Denib se levantó, y seguido por el coronel, abandonó la estancia. Myrna Capring sonrió, pero sus ojos estaban plenos de temor, de repulsión.

—Gracias, Robert.

—Los que me simpatizan me llaman Bert.

—Ha estado usted muy oportuno, pero a lo mejor corre peligro, si este salvaje indecente se propone... ¡No debimos venir nunca!

—Creo que algo de esto le insinué antes de ponernos en marcha, Myrna. Esperemos que el coronel sabrá convencer a Hassi-Denib. Ahora más que nunca, tendrá que valerse de su prestigio.

En la galería, Marc Delbos dijo, como preámbulo:

—Myrna Capring es mi protegida, Hassi Denib.

—Hablaemos de hombre a hombre, amigo mío. No es solo por saciar un rencor. Es que ella me atrae.

—Robert Lark no es su esposo. Mintió, tratando de evitar que ella fuera a tu *baroud*.

—Una mentira valiente, y tu sinceridad le salva, coronel. Comprenderás, o lo habías ya comprendido, que creyéndole el marido, lo hubiese condenado a morir. No vamos a discutir, coronel. ¿Qué es, al fin y al cabo, una mujer, para que entre los dos asome una nube de descontento?

—Precisamente por esto. ¿Qué es una mujer para que nuestra amistad se enturbie?

—Ella no te gusta. No es tu mujer. Nada, pues, se opone a que ingrese en mi *baroud*. No me cites las costumbres europeas. Estamos en El-Hassent. Hazlo comprender así a tus amigos. Os será servida la comida junto al lago. Después tú y el americano podréis disponer de los «alegres» y de cuanto necesitéis. Fernán, acompaña a los amigos de Sidi Delbos al mirador del lago.

Una terraza se elevaba escalonada entre arriates de flores y surtidores, mirando al lago. Las sombras, la nitidez de las montañas, la frescura aromática del ambiente, todo influía como sedante delicioso.

En la terraza, y en confortables sillones de cuero marroquí, quedaron instalados Robert Lark y Myrna Capring.

—Parece increíble, Bert.

—Es visible. Es un lago con sortilegio. Calmoso, limpio. Siempre he soñado con vivir algún día en la margen de un lago, en casita rústica, con todo el confort, con una canoa y un velero.

—¿Por qué no lo has hecho aún?

—Porque no he encontrado a la mujer que me acompañe.

—Pues no eres mal parecido —dijo ella nerviosamente.

—Siempre he pensado que en Suiza estará el rincón que busco.

—¿Y la mujer?

—Si no fueras la consentida hija del Rey de los Transportes, tal vez te dijera que tú. Pero será el sortilegio de este lago. Lo cierto es que cuando el moreno anunció que te quería como esposa número veintitrés, algo me dolió en el alma. No era simplemente caballerosidad, no. Era algo más denso, más profundo. Desde que te vi aparecer allá en el gimnasio, comprendí lo que era eso que los poetas llaman Cupido, y que aseguran es un enanillo con un arco y que tira flechas. Pero hay tres obstáculos.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Eres excesivamente rica, estamos en El-Hassent y no me

quieres.

Marc Delbos se acercaba. Sentóse con rostro tenso.

—Tuve que decirle a Hassi Denib que no era usted el marido de Myrna. Usted me está mirando con malas ideas, Lark, pero comprenda que Hassi Denib tiene su código. Los maridos no cuentan, no existen, y no habríamos adelantado nada con su muerte. No desiste. No me supuse que esto sucediera, Myrna. ¿Qué le pasa, Lark?

—Que no estoy dispuesto a cruzarme de brazos.

—Todo intento es inútil.

—Pero descerrajar cuatro tiros a Hassi Denib, ese placer no me lo quita nadie. Y en cuanto a Myrna, ella misma decidirá. Si lo quiere, trataré de abrirme paso con ella.

—No sea loco, Lark. Aquí los métodos de *gangster* no sirven. Tal vez intentemos otra solución. Ustedes no pueden comprender. Hassi Denib estima que una mujer no tiene valor ninguno, y le parecería absurdo que yo me enemistara con él. Van a servirnos una comida aquí. Después tendremos que regresar al primer recinto, y usted, debe quedarse aquí, Myrna. No se aflija. A favor de la noche, podemos Lark y yo intentar algo, y salvarla.

Pero se veía que el propio coronel no creía en lo que decía. Una expresión de desesperada incredulidad se dibujó en el bonito semblante femenino, mientras argüía, temblorosa:

—¡Es imposible que esto suceda, Marc!

—Estamos en los dominios de El-Hassent.

—Pero el plomo barrena igual aquí que en la tierra civilizada, coronel. No hace falta preguntarle a Myrna cuál es su decisión.

—¡Sálvame, Bert! ¡Sácame de aquí! Esto es una pesadilla imposible.

—Silencio, Myrna. Llega la succulenta pitanza —dijo Lark.

Se aproximaban en fila chaouias llevando bandejas, frascos, manteles, cubiertos. Oyéronse lejanas detonaciones, secas, tableteantes.

—«Hotchkiss» —dijo Lark—. Ametralladoras ligeras. ¿Ejercicios de tiro? Suenan a bastante distancia.

Cuando los chaouias servidores se hubieron alejado a una señal de Marc Delbos, persistió Myrna Capring en declarar que no la dejasen sola.

Y consintió en comer, cuando Lark aseguró:

—No te inquietes. Saldremos de esta. El sortilegio de tus ojos azules es para mí tan poderoso como el de ese lago suizo en que sueño. De aquí no me iré sin ti. No me hable de la misión que tengo que cumplir, Delbos. Yo difiero de Hassi Denib, en este punto; para mí una mujer es lo más importante del mundo, si se llama Myrna.

Mediaba la comida, cuando Fernán se acercó, manifestando que Hassi Denib quería hablar urgentemente con el coronel.

—Sidi Delbos —dijo Hassi Denib, al llegar el coronel—, un alto jefe alemán ha venido hasta los linderos de la muralla, exigiendo os entregase a ti y al americano. Sabes y te consta que yo no entrego a quién aquí se refugia. Le acompañaba un comisario de policía: Martín Spirito. Se han ido, algo violentamente. El alto jefe alemán ha jurado que hará bombardear El-Hassent si antes de veinticuatro horas no te he entregado.

Marc Delbos sonrió.

—Y lo hará, Hassi Denib. ¿Sabes lo que significa? ¿Sabes lo que representa el bombardeo?

—Las cábilas se pondrán en pie de guerra.

—Tú perderás este dominio. Y el alto jefe alemán me quiere con vida. Tú no puedes entregarnos, porque la maldición de tus antepasados y herederos te perseguiría hasta la consumación de los siglos. Ahora es cuando puedo asegurarte que una mujer vale mucho, Hassi Denib. Para ti el tesoro es el agua. Para mí, es ella.

—No la quieres.

—No. Pero déjala libre; que abandone El-Hassent con el americano, y yo me entregaré a los alemanes. Así no bombardearán con sus pájaros de muerte tus dominios. Y sabes que yo cumplo siempre, Hassi Denib. No me darán muerte. Intentarán desprestigiarme, y algún día quedaré en libertad. Volveremos a vernos, y entre nosotros no habrá velo de sombras. ¿Me permites terminar de saborear tu excelente comida? Bastará que Fernán me diga: Aceptado. Y saldremos los tres de tus dominios. Yo, a entregarme, y ellos dos para volver a su civilización aborrecible.

Marc Delbos se sentó en la mesa de nuevo. Robert Lark abandonó a disgusto la mano de Myrna, que mantenía entre las suyas.

—Si Myrna quedase libre, ¿terminaría usted su misión, Lark?

—Naturalmente. Que me proporcionen estos alegres pistoleros, y con gran alegría contentaré al OSS y a usted.

Fernán se inclinó junto al coronel.

—Hassi Denib solo ha dicho: Aceptado, Sidi Delbos. Me ha ordenado que cumpla lo que usted ordene.

Una expresión de alivio distendió los rasgos faciales de Marc Delbos. Se puso en pie.

—Creo que ya hemos saciado nuestro apetito. Urge marcharnos. Mientras me despido de Hassi Denib, usted, Fernán, acompañe a mis amigos hasta el recinto de los «alegres», y seleccionen los que desean ser indultados el día de mañana, promesa que haré valer donde sea y como sea. No pregunte, Lark, ni usted quiera saber, Myrna. Ya lo averiguarán al anochecer.

Myrna Capring no se separó un instante del brazo de Robert Lark, contra el que se apretaba convulsa.

No quiso separarse de él un solo instante, y tuvo que cambiarse sus vestiduras chaouias por las europeas, con Lark de espaldas ante ella.

Una cincuentena de hombres se agrupaban en el primer recinto. «Alegres» y jefes y oficiales, que se dirigían al punto donde la nave que esperaba la señal les llevaría a Londres.

Cuando ya la pendiente ocultaba la muralla, y delante caminaban los dromedarios llevando a «alegres» y militares disidentes, preguntó Robert Lark:

—¿Dónde está el coronel Delbos?

Fernán, que marchaba a su lado, explicó:

—Tuvo que dirigirse a Ait-Said. Creo que la libertad de esta señorita costó la libertad del coronel Delbos.

Ella se abrazó al cuello de Lark, porque adivinó que este quería dirigirse a Ait-Said.

—¡No vayas!

—Es un egoísmo que tiene su excusa, porque eres mujer, y ahora tengo que decir como Hassi Denib: La mujer es a largos instantes un ser inútil. Estamos ya fuera de los dominios de El-Hassent. Sigán ustedes camino, Fernán. En el zoco Yama el Kebir, calle nueva, casa Marsella, encontrará usted a un americano llamado Taylor Brent. Si tardo un día en regresar, dígame que le explique lo que se debe hacer.

—No —y Fernán hizo un gesto de excusa—. Hassi Denib supuso que usted, al no ver al coronel, querría salvarlo. Lo siento, pero yo cumplo órdenes dobles: Las de Hassi Denib y las del propio coronel. Me dijo que si usted intentaba salvarle, ello equivaldría a incumplimiento de su palabra y, por lo tanto, yo tenía que evitarlo. Se lo ruego, señor. No se vaya a Ait-Said, porque mis «alegres» dispararían contra usted. Y tienen muchas ganas de disparar.

—Ahora comprendo por qué pudimos salir —dijo Lark, cuando Fernán explicó la amenaza de bombardeo de Konzhofer—. Tengo gusto de ceniza en la boca, Myrna. Sé qué es lo que los árabes llaman fatalidad, porque ahora me enfrento con ella. Me duele perder a Marc Delbos. Era todo un hombre.

* * *

El teniente de *spahis* se cuadró en su puesto de mando de Ain-Serga, cuando entró con sus dos asistentes el coronel Delbos.

—Buenas tardes, teniente.

—Esta mañana di la novedad exigida al comisario Spirito, mi coronel. Era mi obligación decir que las huellas del americano fugitivo demostraban que había seguido la ruta oeste, y se detenían en El-Hassent. Tuve que comunicar la novedad de su paso en compañía de una señorita. Era mi obligación, mi coronel.

—Quien cumple con su obligación, está por encima de todo reproche, teniente. ¿Algo más?

—El jefe alemán que acompañaba al comisario amenazó con bombardear El-Hassent, si usted no se entregaba, mi coronel.

—Aquí estoy, teniente. ¿Tiene algo más que decirme?

—El coronel de la Gestapo, *herr* Ludwig Konzhofer, ha muerto, mi coronel.

El siempre impasible Delbos pestañeó.

—Tuvo un accidente?

—El comisario Spirito descargó su pistola sobre *herr* Konzhofer, mi coronel.

—Lo celebro. Espero que a Spirito le den refugio en El-Hassent.

—Murió. El coronel de la Gestapo había descargado su pistola sobre el comisario. Hubo, por lo visto, una discusión ante el telégrafo, que no llegó a funcionar. He enviado un atestado, pero no podía citar las infracción del reglamento que suponía haber

traspasado los límites permitidos de las Montañas Azules. Si usted me da la orden, mi coronel, tendré que cumplirla.

—¿Qué orden?

—De silenciar el haberle visto. De silenciar lo del bombardeo.

—Gracias, teniente. Y como no puedo entregarme a los difuntos, y El-Hassent queda libre de todo posible bombardeo por mi culpa, no tengo nada que hacer aquí. En su nuevo atestado, diga que me ha visto abandonar las Montañas Azules y encaminarme hacia el sur. Sí, es necesario. No quiero que importunen a Hassi Denib el Hassent, cuya vida guarde Alá, y al que deseo no se interpongan damas anglosajonas en su camino. Adiós, teniente. Ya nos volveremos a ver. Tengo prisa.

Anohecía, cuando Marc Delbos alcanzaba la caravana de los treinta «alegres», Fernán, Lark y Myrna. Explicó lo sucedido. Y al despedirse para unirse al grupo de disidentes que hacia el oeste se dirigían a embarcar, dijo:

—Que pronto encuentren su lago de paz, amigos míos.

CAPÍTULO XII

El intendente general de la OSS examinó con aire triunfante a su visitante.

—Tal como prometí, aquí estoy, ávido de noticias sobre el asunto de los *gangsters* de Casablanca.

—Por avión hemos recibido estos periódicos de Casablanca.

—Estoy harto de letra impresa. Prefiero que resuma usted lo que puedan decir estos periódicos.

—Dicen que sobre dos polvorines ha sido descargado el golpe de más audacia, de más descarada insolencia. Treinta y cinco *gangsters* aproximadamente asaltaron los dos polvorines, inutilizando primero todo medio de comunicación.

—¿Los capitaneaba Robert Lark?

—Naturalmente. Pero parece ser que, cumpliéndose el refrán, comiendo se les abrió el apetito. Destrozaron a granada limpia dos aeródromos, numerados seis y siete, donde había bombarderos alemanes con las tripulaciones siempre dispuestas a levantar el vuelo.

—Un objetivo logrado. ¿Qué más?

—Veinte prestigiosos oficiales franceses están ya en Londres.

—Segundo objetivo. Pero dígame más detalles de los *gangsters*.

—Hay algunos puntos oscuros. Parece ser que Robert Lark se había asegurado el apoyo de Taylor Brent, un pistolero conocido, y de otros tres pistoleros franceses. Pero no sé quiénes eran los otros treinta *gangsters*. Lo cierto es que lograron lo increíble. Muertos el comisario Spirito y el hombre de la Gestapo, Konzhofer, todo lo referente al yate *Neptuno* quedaba en el aire. Y los *gangsters* asaltaron al *Neptuno*, barriando de cubierta a los vigilantes alemanes. La última noticia que se tiene del yate *Neptuno* es que va rumbo a las Antillas, con Cliff Chambers, el piloto, de capitán. Pero solo lleva por pasajeros los siguientes: una dama anciana, llamada Martha Dumontez, y cuatro pasajeros, Gil Dumontez, Taylor Brent, Louis Frajel y Jean Dubois. Desembarcarán en Trinidad. Están protegidos por dos submarinos nuestros, porque, en las calas, el

yate lleva los explosivos y municiones de los dos polvorines, descargado por cinco camiones. Se ve que los otros *gangsters*, que condujeron los camiones y efectuaron la carga en el yate, se quedaron en Casablanca.

—Bien. ¿Y Robert Lark?

—Su último mensaje decía, textualmente: «Camino de un lago, me despido de la civilización».

—¿Es cifrado?

—No, no. Esto es lo peor. ¿Se habrá vuelto loco? Sería una lástima, porque es un agente de clase excepcional. No obstante, espero más noticias suyas.

* * *

—... Y esta es mi historia, Myrna. Quería que la supieras, porque junto a este lago todo ha de ser claro y sencillo.

Los picos nevados de la Jungfrau suiza se dibujaban en las aguas del lago. Myrna Capring se acurrucó aún más contra el hombre que era, desde dos días antes, su marido.

—¿Y la OSS, Bert?

—Tiene numerosos agentes. Y yo no soy permanente. Les dije que cualquier día me retiraría... Este es el momento. Ya no quiero más aventuras que pescar, y algún día explicarle cuentos de miedo a mi hijo.

—Nuestro hijo. Tengo que enviar un telegrama a papá. Vendrá a vernos. Deseará estrechar la mano del héroe que enamoró a su hija.

—También yo tengo que enviar un radiograma. Te lo traduciré cuando esté escrito. Será mi renuncia como agente, para convertirme en pacífico marido junto al lago.

* * *

El intendente de la OSS envió también un radiograma. Descifrado decía:

«Necesitamos su energía, su fuerza, su inteligencia».

La respuesta fue breve y rotunda:

«Yo también las necesito. *Myrna Capring*».

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España